

desde esta tribuna

La comandanta zapatista Esther en el Congreso de la Unión: un análisis de su desempeño escénico como intervención política*

Teresa Carbó

La etnografía de un encuentro casual

Pudiera decirse que este texto que escribo pende de un guiño (Geertz 1973: 6), guiño que en realidad no fue tal. En cualquier caso, lo que ocurrió esa mañana puede definirse como el transcurso de un cierto lapso de contacto visual entre la comandanta Esther y yo, tal como se produjo en el pueblo de la Magdalena Petlacalco, en la zona del Ajusco al sudoeste de la ciudad de México, el lunes 19 de marzo de 2001.

Aunque la idea de *pende* es tal vez infortunada, es cierto que muchas cosas parecen girar en torno a ese incidente menor de naturaleza personal. Después de alguna reflexión, he llegado a la conclusión de que se trató de un encuentro plenamente dialógico. Si lo propio de tan raro y afortunado evento comunicativo, tal como lo esboza June Nash (2001: 231), es el acto de “escuchar y responder con una conducta transformada”, entonces la definición resulta más que apta, porque es literalmente cierto que gracias a ese encuentro me vi movida a realizar, esta vez, un tipo diferente de trabajo; a emplear un enfoque metodológico distinto de mi práctica habitual de investigación en el análisis del dis-

* Esta es una versión previa del artículo publicado en *Journal of Language and Politics*, John Benjamins, vol. 2(1), 2003, con el título “Comandanta Zapatista Esther at the Mexican Federal Congress: An Analysis of Performance as Politics”. La autora agradece a *debate feminista* publicar esta versión que es la que ella prefiere.

curso parlamentario. Una disposición renovada de búsqueda de significado, nutrida por la necesidad de ocuparme de los cuerpos y las voces y no sólo de las transcripciones de textos orales, es el resultado de esa breve interacción, durante la cual el contacto visual fue, según yo, de orden comunicativo, sostenido y recíproco.¹ Se ajustó, además, a lo que pudiéramos concebir como “turnos (comunicativos) de mirada”, allí incluida la emisión de señales de frontera (sin importar cuán infinitesimales en sustancia y extensión), y la alternancia de los polos de producción-recepción; todo esto y un mundo más, en la construcción y el intercambio cooperativos de mensajes no verbales de (presumible) coincidente orientación.

Sucedió que en una asamblea pública inesperada e improvisada, y con escasa asistencia, la comandanta Esther me aseguró (calladamente) que era posible aún la esperanza, que con el tiempo se vería y que no había nada de sorprendente en el hecho de que la lucha de los zapatistas fuera larga, difícil y demandante. En el momento en que capté su mirada, me resultó obvio que Esther estaba respondiendo a mis señales exteriores de preocupación (y tal vez incluso de desaliento) ante el reducido número de personas que habían logrado estar presentes en esta visita realmente inesperada. Los asistentes eran sobre todo mujeres mayores (abuelas u otros miembros femeninos de la familia extensa), con niños muy pequeños (de preescolar, a causa de la hora: poco después del mediodía), así como representantes de la prensa y una escolta policial, junto con algunos vecinos no nativos del pueblo, como una servidora. El de la Magdalena era el tercer pequeño mitin al que asistía, siguiendo el recorrido de los zapatistas hacia la ciudad. Habían empezado en Santo Tomás Ajusco, el pueblo más alto en el cerro, y habían ido bajando a San Miguel y después a la Magdalena. El tamaño de estos pueblos disminuye precisamente en ese orden, como también disminuía la asistencia vecinal.

¹ John Berger (2001:15, cursivas mías) describe con las siguientes palabras el “impulso de pintar”, misma inclinación humana que, a la luz de su teoría del mundo visible, se puede reformular como el impulso de mirar, ver y aprehender, observar o describir: “El impulso de pintar no viene de la observación ni del alma (que probablemente es ciega), sino de *un encuentro*: del encuentro entre el pintor y el modelo” [o entre quien actúa y el público]. El texto termina con este enunciado: “Hoy, tratar de pintar lo existente es un acto de resistencia que instiga a la esperanza” (p. 22).

El contacto visual en la Magdalena Petlalcalco se compuso de cuatro partes, y su primer segmento fue la proyección (inicialmente inconsciente) de mi propia fisurada y ambigua presencia. Ahí estaba yo, sin duda; también había estado en el Zócalo de Santo Tomás y de San Miguel (en este último, la configuración espacial daba a Esther una visión más panorámica y detallada de los participantes). Pero al mismo tiempo, yo no estaba allí, realmente allí. Estaba distraída, desconcentrada e incómoda, a la vez que desanimada. Y, repentinamente, mientras uno de los otros tres comandantes (varones) pronunciaba su discurso, una fuente de energía realmente poderosa captó mi atención. Era la mirada de Esther que, sin lugar a equívoco, se dirigía a mí y se mantenía fija en mí por un periodo breve (aunque sostenido), hasta que a las dos nos quedó claro que yo había recibido el mensaje. La suya no era una mirada impositiva o dominante. Por el contrario, era tranquila y clara, para nada pesada, y con una chispa de humor claramente perceptible en la refracción luminosa de sus ojos oscuros. Éstos estaban estrechamente ceñidos por el negro pasamontañas, y la mirada en su conjunto dejaba traslucir comprensión y entendimiento.²

Esther mantuvo el contacto visual conmigo durante los dos segmentos subsecuentes, mientras ella conservó el piso (Sacks *et al.* 1974). Las unidades, si acaso lo fueron, estuvieron puntuadas por una pausa infinitesimal que consistió en una muy (muy) rápida ojeada a nuestro entorno físico compartido, inmediato, junto con una fijación ultra mínima de la mirada hacia el frente, por encima de nuestras cabezas, en una dirección que coincidía con la ubicación de la ciudad (y del futuro, y de los proyectos y los anhelados objetivos, supuse yo). Luego, una despedida muy breve y simultánea, cuarta y última parte del intercambio, y eso fue todo. Y, sin embargo, sea lo que fuera lo que así me tomó por sorpresa en el tercer mitin, el hecho es que la teoría ya lo había

² Tal vez vale la pena comentar que el área de los ojos en la apariencia física de los rebeldes ha quedado sin duda investida con un mayor valor semiótico, dado el efecto constante de los pasamontañas sobre sus rostros. Incidentalmente, aparte del estatus simbólico de los pasamontañas (tema del que se han ocupado Marcos, con cierta amplitud, y algunos analistas), los pasamontañas como emblema del movimiento zapatista constituyen un fenómeno visual de particular extrañeza, a pesar de la cual muchos (mexicanos y no sólo, simpatizantes y adversarios) se han acostumbrado rápidamente a esa imagen.

anticipado: “[c]uando un individuo o actor representa el mismo papel ante el mismo público en diferentes ocasiones, es probable que surja [entre ambos] una relación social” (Goffman 1959: 16).

Lo que yo sentí fue que con el callado encuentro de miradas se producía en mí una notable transformación, aunque desde luego no fue ninguna cosa de orden místico. Sólo puedo sintetizar la experiencia como el logro de una comprensión de cierto tipo. Sin duda, un entendimiento que era muy satisfactorio y al mismo tiempo intenso, agudo, con un efecto general de fortalecimiento y llamada de alerta a erguirse y prestar atención. Estoy convencida de que la idea de comprender es la clave principal del fugaz encuentro. Cuando uno comprende, pienso, muchas cosas concuerdan (aunque sea un momento), y se produce nueva energía e impulso hacia la acción, con un sentido más claro de orientación y propósito.

Los significados de este incidente pueden considerarse individuales y únicos. Sin embargo, también se les puede ver como una (suerte de) ventana hacia un tema que sin duda atañe al análisis del discurso parlamentario y político: la posibilidad de una transformación personal (científica, metodológica) como motor y consecuencia de una práctica comunicativa (compartida). Al elaborar este artículo no dejé el incidente de lado; por el contrario, lo tomé como un elemento clave para la emergencia y configuración activas del objeto de investigación y las modalidades de su manejo metodológico. De hecho, este tipo de objeto de investigación, que es de naturaleza semiótica y combina facetas científicas y personales, explica mi impulso hacia el enfoque multidisciplinario que aquí se exhibe en términos prácticos. Así se logra captar más, espero, de la materialidad carnal de la intervención de Esther ante el Congreso de la Unión, y más también de su característica presencia en escena, desde el punto de vista de una observación participante. Todo esto será argumentado y expuesto de manera (ligeramente) narrativa. El uso de ciertos elementos selectos del análisis proxémico de los cuerpos significantes en acción, la observación de algunos procesos de construcción teatral y manejo del yo público en espacios institucionales, así como la aplicación de descomposición textual al nivel sintagmático de los textos verbales, forman parte también del análisis. Algunas fotos periodísticas e imágenes que circularon en torno a las recepciones que los zapatistas tuvieron por parte de públicos asombrosamente distintos cada vez, se han colado también en el presente análisis, en el contexto

de la actividad analítica desatada por el encuentro de la investigadora con (sólo) algunas de las capacidades comunicativas de Esther.³

Los principales conceptos operativos y los datos completos se describen más adelante. Sin embargo, es importante subrayar aquí que, a pesar de la naturaleza aparentemente aleatoria del material empírico con el que trabajo y de su amplitud, es un hecho que todas las bases de la subsecuente descripción están teóricamente iluminadas y metodológicamente sostenidas por conceptos específicos de los campos lingüístico, antropológico y etnográfico, en el marco de una concepción ampliada del análisis de discurso. Tal concepción es una versión abierta y generosa del espacio disciplinario, que no sólo se ocupa de fenómenos (sólo) verbales, sino que observa también otro tipo de datos discursivos, puesto que el flujo de los acontecimientos en la vida real y la práctica efectiva en situaciones comunicativas (sean éstas explícitamente políticas o no) nos confronta siempre con su múltiple y enigmática resonancia.⁴

La Caravana por la Paz y la Dignidad

Para cuando tuvo lugar el suceso aquí descrito, la Caravana zapatista ya llevaba varios días en la Ciudad de México. Sus integrantes (Marcos entre ellos) estaban a la espera de una invitación a la escena parlamentaria para presentar sus puntos de vista sobre la iniciativa presidencial de Ley de Derechos y Cultura Indígenas, que estaba a dictamen en el Congreso de la Unión. Las perspectivas en ese momento eran sombrías, y si los honorables miembros del poder legislativo no se ponían de acuerdo con cierta premura sobre la importancia, para el proceso

³ Este experimento metodológico se puede considerar como una instancia de lo que Bob Hodge (1985:141) llama un análisis “puesto de cabeza”. “Los análisis puestos de cabeza son típicamente tentativos e inconcluyentes. Pero muestran algo de la complejidad del trabajo real de crear significados, y pueden sugerir también la presencia e importancia de otros sistemas que no habían entrado antes en el análisis.”

⁴ Cabe también aducir que según Turner (1987:79), “se puede detectar [ya en el tiempo en que él escribía, hace quince años] una considerable ruptura de las fronteras entre diversas artes y ciencias convencionalmente definidas, y entre éstas y las modalidades de la realidad social”.

de paz, de un encuentro directo entre los legisladores y los visitantes rebeldes, los zapatistas tendrían que abandonar la ciudad. El nutrido comité de comandantes (veinticuatro en total) se dividió ese lunes 19 de marzo en varios grupos pequeños que acudieron a visitar diferentes puntos de la ciudad, en demanda de apoyo. El Ajusco es un área boscosa de montaña, una región de arcaicos asentamientos indígenas y de temprana cristianización e incorporación a la vida (y al servicio) de la ciudad capital. Durante los años revolucionarios, fue también una vía segura de acceso a la ciudad, por montes y valles, para los zapatistas de Emiliano. Zona de simpatías zapatistas y acusados hábitos rurales, como los de la Caravana, el Ajusco era un destino natural para alguno de los subcomités. Más aún porque la comitiva zapatista se alojaba en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), también en el sur de la ciudad.

Unos días después, el 28 de marzo descubrí, con auténtico deleite, mientras veía la transmisión por tele en cadena nacional del tan esperado encuentro público entre el poder legislativo y los comandantes zapatistas en el recinto parlamentario, descubrí, decía, que Esther iba a ser (estaba siendo ya, ante nuestros propios ojos) la oradora principal. Allí se encontraban por fin, “en el Congreso”, bajo los reflectores de los medios nacionales, y la comandanta Esther se construía a sí misma como la actriz central en el reparto, mientras describía su tarea como portadora del mensaje oficial de los rebeldes, en el marco de una compleja escenificación, y lograba desempeñar, con perfecta compostura, ese papel de “estrella” en la empresa colectiva (Goffman 1959: 100). Desde luego, la escena parlamentaria era formal, e incluía varias fases y numerosos participantes dentro de una micro-coyuntura muy delicada en términos políticos (y semióticos). Y sin duda Esther hizo de todo ello un trabajo magnífico. Ese mediodía (la) Esther nos ofreció (éramos varios millones en ese momento) un desempeño virtuoso en el género de la contienda política y semiótica en arenas públicas de carácter institucional.

La “temporada” —o ciclo de lucha política y semiótica— en que el suceso se produjo (26 de febrero a 6 de abril de 2001) había sido cuidadosamente preparada por los zapatistas mediante esta Caravana de comandantes, que debía venir, y vino, a la ciudad capital para dar a conocer sus puntos de vista sobre los temas cruciales de los derechos étnicos, la ley de inminente aprobación y la discusión sobre la autonomía y la paz a nivel nacional. Los Acuerdos de San Andrés, estancados, y la guerra de

“baja intensidad” (no declarada) que libran las numerosas tropas (y grupos paramilitares) estacionados (y deambulando) en la zona de la selva de Chiapas eran el telón de fondo para la iniciativa de la Caravana. Los zapatistas fueron escoltados, custodiados y acompañados por diversas ONG (entre ellas, el grupo italiano de los “Monos blancos” y otros muy cooperativos globalifóbicos), representantes de organizaciones indígenas, simpatizantes variopintos, equipos de prensa y de los medios, y miembros de la sociedad civil (bajo diversos membretes y modalidades). Llegaron al Distrito Federal tras un itinerario geográfico intrincado y moroso, a lo largo del cual suscitaban procesos de movilización, reunieron grandes marchas, pronunciaron discursos, escucharon a la gente y se quedaron a pernoctar tanto en pequeñas comunidades como en ciudades regionales de cierta importancia: un *tour*⁵ semiótico poderoso, estimulante, pacífico y satisfactorio. Mientras recorrían el territorio en una caravana de varios autobuses, podía entenderse que estaban re-inscribiendo, en términos topográficos y simbólicos, su presencia real en la tierra que habían defendido históricamente y por la que aún peleaban.

Para Esther, éstos fueron días exigentes: ella fue una de las mujeres que hablaron en la celebración del 8 de marzo, Día de la Mujer, en un pueblo a las afueras de la ciudad. También se contó entre los oradores en una enorme concentración (el 22 de marzo) ante las puertas cerradas del Congreso, unos días después del mini-tour por el Ajusco, y antes de que fueran por fin invitados (en una reñida votación) al recinto legislativo. Yo estaba entre la multitud que ese día, bajo un implacable sol urbano, se esforzaba por divisar a los comandantes, situados allá lejos en una especie de plaza o avenida transversal. La voz clara y tranquila

⁵ El compuesto léxico “Zapatour” utilizado en algunos medios internacionales no es del gusto de algunas personas de la escena local o de con/textos españoles. Ciertamente no está documentado en el conjunto mexicano de datos con el que trabajo y que sí da testimonio de otros apelativos. El artículo de fondo en el número 146 de *Memoria* (abril de 2001, p. 25, en el que la caravana zapatista mereció la portada y el artículo principal) la llamaba “Caravana de la Dignidad”. El respeto y la dignidad han sido de hecho demandas cruciales de los rebeldes desde el inicio de su levantamiento. La revista estudiantil *La Guillotina* la llamaba la “Marcha del Color de la Tierra” y también “La Marcha de/por la Dignidad” o “La Marcha de/por la Esperanza”. Un registro más completo de (virtualmente) todos los discursos de los comandantes en su camino hacia la capital se puede encontrar en la siguiente dirección de internet: <http://www.ezlnaldf.org/comunica/01030801.htm>.

de Esther, de modulación simple y timbre sonoro, fue notable, y de nuevo produjo un efecto de transmisión de energía. El meollo de su mensaje fue organizativo: instó a los manifestantes a no conceder la derrota (el hasta ese momento denegado encuentro en el Congreso); habló, por el contrario, de defender los logros alcanzados, e incluso de crecer. Empleó para esta invitación a la esperanza varias metáforas de cultivo y cuidado terrenal, que exhiben un inconfundible sabor agrario. Hablaba en tono eficaz y sensato, aunque cálido, con algunas expansiones retóricas tanto en la letra de sus formulaciones discursivas como en las pautas de entonación: una auténtica líder entre miles de mujeres zapatistas, tanto militares como civiles, que se están haciendo oír y ver en la primera línea de una lucha étnica, política y social por la autonomía y el respeto en el México actual, de frente al globalizado (sub)mundo.

Criba de datos (cambiantes)

Los primeros datos para este estudio son las experiencias arriba descritas, tal como fueron elaboradas en anteriores tratamientos de (algunos de) los muchos temas que la actuación de Esther en el Congreso el 28 de marzo de 2001 puede activar (Carbó 2001 y 2002, Rovira 2001). El contenido semántico que asigno a la interacción visual como tal no tuvo como única fuente la mirada de Esther en la Magdalena Petlalcalco. Surgió de una compleja configuración de significados, conforme yo procesaba lo que me era transmitido por las instancias de acción pública suya que pude observar directamente: la comandanta zapatista Esther en el Ajusco (y en el centro), una mujer indígena haciendo trabajo político en pro de un conjunto de demandas y principios (estos últimos, de alcance universal o “resonancias posmodernas”). A partir de ahí, construí (recopilé, más bien, entre lo que me llegaba a casa) un mínimo conjunto paradigmático de datos con fines de investigación, como algo distinto de un *corpus* (o caso histórico amplio): una totalidad compleja que fuera manejable para el estudio de un proceso semiótico dinámico. Los materiales seleccionados tienen por finalidad poder y bastar para (en un enfoque documental “minimalista”) transmitir ciertos aspectos de una actuación particular, en algunas de sus múltiples modalidades y en su cautivante maestría (y misterio y fluidez).

El carácter mixto de los datos puede considerarse una circunstancia beneficiosa, dado el énfasis metodológico que algunos autores po-

nen en el empleo de múltiples perspectivas para alcanzar etnografías que se anclan en un espacio y en las condiciones estructurales de los fenómenos (ver Nash 2001: 15, 221; Turner 1987: 79).

El *bricolage* de datos que sostiene las siguientes observaciones analíticas es éste: cierta cantidad de observación participante en encuentros públicos, realizada con ánimo etnográfico (no como trabajo de campo en sentido estricto) en tres grupos pequeños y una concentración masiva. A ello se añade la experiencia privada de la transmisión por televisión del acto principal, durante la cual fue posible obtener información sobre la disposición de los cuerpos en el espacio y algunos criterios generales de escenificación, mientras iban desarrollándose las actuaciones, observadas en tiempo real a través de no más de tres cámaras fijas en una misma transmisión para todos los canales de televisión. Además, algo de la prensa matutina del día siguiente. *La Jornada*, un periódico nacional de orientación crítica, es/ha sido claramente simpatizante del movimiento zapatista desde su inicio. El 29 de marzo, al día siguiente de la visita al Congreso, publicó un suplemento de aparición no regular, *Perfil*, que suele estar dedicado a la reflexión (principalmente) política. Allí se reprodujeron versiones íntegras y literales de algunos de los discursos pronunciados en la solemne ocasión y, en lugar destacado, desde luego, el de Esther, que había sido el principal.⁶ De ahí extraje la versión escrita de su texto con la que trabajo. De las siete fotos periodísticas en blanco y negro que aparecieron junto a los textos escritos en esa edición específica de *Perfil*, seleccioné dos imágenes para esta presentación: la de la portada y un pequeño “retrato” de Esther al habla.⁷

⁶ El discurso apareció en el núm.24, *Racismo y mestizaje*, 2001, de *debate feminista*. N. de la E.

⁷ El conjunto analítico contiene también cuatro imágenes en color. Tres de ellas sirvieron de portada para tres números sucesivos de la revista *Memoria* (145, 146 y 147), durante los meses de marzo, abril y mayo de 2001. La cuarta es la fotografía de portada del número 1271 de *Proceso* (11 de marzo de 2001), y registra una importante entrevista del conocido periodista crítico Julio Scherer García a Marcos, realizada en otra zona rural de la capital, Milpa Alta, el 9 de marzo de 2001, con la cobertura por televisión de la antigua enemiga de *Proceso*, Televisa: todo el suceso fue un verdadero milagro del mundo de los medios masivos posmodernos. En la foto, los dos hombres ocupan un primer plano cercano al espectador, sentados frente a frente con todo el cuerpo visible: piernas, sillas, posición de las manos, etcétera. El escenario físico es el patio principal de un edificio colonial, probablemente un convento. Por tanto, puede decirse que el conjunto analítico completo que considero mi universo

A estas alturas es, por lo tanto, bastante evidente que sea lo que fuere que quisiera yo atestiguar sobre el episodio de contacto visual, el significado que le atribuyo es una completa reconstrucción, si no es que una fabricación de pies a cabeza; un efecto *ex post*, cabe esperar que “descubierto mediante la acción selectiva de la atención reflexiva” (Turner 1987: 97). A su vez, todos los distintos componentes de este mínimo paquete analítico son, sin duda, configuraciones. Esos (conjuntos de) textos verbales y visuales y la conexión entre ellos (invisiblemente) urdida son el resultado de procesos de resignificación que realizaron otras personas; provienen de las vías de circulación de los mensajes a través de diferentes medios de comunicación y de (los conjuntos de) transformaciones que así experimentan. En realidad, los datos y el análisis sólo atestiguan la naturaleza polimorfa y fugaz de las operaciones de creación y recreación de sentido. Esto, sin embargo, no debe ser un obstáculo: el análisis de discurso, la observación etnográfica, (algunos

de investigación incluye varios componentes adicionales y numerosas facetas (reales o potenciales). Por ejemplo, es posible mostrar el trabajo retórico que se materializa en la versión periodística del discurso de Esther en *La Jornada*, donde aparentemente el editor introdujo la estructura de los párrafos, en comparación con la versión de internet, que tiene una presentación textual muy diferente. Esta última, que considero mucho más cercana a los originales de Esther (de los que no dispongo), está toda en mayúsculas, con algunos blancos gráficos, aproximadamente vinculados a un patrón de puntuación muy simple: comas y puntos. Se puede encontrar en las siguientes direcciones: en español: <http://www.ezln.org/marcha/2001328a.es.htm>, “Mensaje central del EZLN ante el Congreso de la Unión, miércoles 28 de marzo de 2001, Comandanta Esther”; en inglés: <http://www.ezln.org/marcha/2001328a.en.htm>, “Words of Comandanta Esther at the Congress of the Union”; en italiano: <http://www.ezln.org/marcha/2001328a.it.htm>, “Comandante Esther dalla tribuna del parlamento”. Empecé a trabajar con la versión periodística porque fue la primera que llegó a mis manos. Al mismo conjunto analítico pertenecen respectivos números de dos publicaciones (hasta entonces para mí desconocidas), en las que la Marcha ocupaba la portada, cortesía de un sobrino mío que estudia arte. Una de ellas, titulada *Conciencia*, se publica en la capital de un estado vecino, Tlaxcala, con financiamiento del organismo oficial de atención a los jóvenes (Instituto Tlaxcalteca de la Juventud); la otra es un trabajo conjunto de estudiantés de las dos principales universidades de la ciudad de México: la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) y la UAM (Universidad Autónoma Metropolitana). Los jóvenes periodistas vienen de las carreras de letras, ciencias políticas, economía, diseño, sociología y comunicación, a nivel licenciatura. El elocuente título de la revista es *La Guillotina (Exigió lo imposible!)*; el número en cuestión es el 47, verano de 2001. No me ocupo aquí de manera explícita de ninguno de estos datos, pero todo este material ha sido recogido, puesto aparte (como diría De Certeau) y observado, si no en efecto leído, por la analista.

de) los estudios sobre los medios masivos y la historia, todos juntos y múltiplemente contaminados, pueden fundirse en una disposición analítica de tipo particular. Ello no tiene nada de sorprendente: "lo que llamamos nuestros datos son en realidad construcciones nuestras sobre las construcciones de otras personas acerca de lo que ellos y sus compatriotas estarían haciendo", dice Geertz (1973: 9), y añade:

Nada hay en esto de particularmente erróneo, y en cualquier caso es inevitable. Pero sí lleva a pensar que en la investigación antropológica hay más actividad observacional y menos actividad interpretativa de la que en verdad hay. Ya desde el mismísimo fundamento factual, desde la base de dura roca, si es que existe alguna, de toda la empresa, estamos explicando: peor aún, ya estamos explicando explicaciones. Guiños sobre guiños sobre guiños.

Ni modo y que así sea. También puede considerarse que el guiño, o contacto visual, implica (condensa) un gran volumen de experiencia compartida o información histórica: los contextos (vistos en plano medio o en relación con los remotos orígenes) del levantamiento, el desarrollo inicial y el seguimiento secuencial del movimiento zapatista desde su inicio, en enero de 1994, dentro de la muy compleja e interesante escena política nacional del México contemporáneo. La cantidad de literatura especializada que se ha escrito sobre la rebelión de Chiapas ya es inmensa, prácticamente inmanejable. Sólo puedo referir a los lectores, para algunas perspectivas e interpretaciones generales, a unos pocos (e iluminadores) títulos como De Vos (2002), García de León (1997), Gilly (1997), Díaz-Polanco (1997), Harvey (1998) y Rovira (1997). Este último se centra en las mujeres y es muy esclarecedor; De Vos presenta un espléndido estudio histórico de la región entre 1950 y 2000, en el último volumen de una trilogía que abarca casi quinientos años. Los dos siguientes autores trabajan sobre cuestiones étnicas y estudios campesinos, también con una perspectiva histórica. Los otros dos son excelentes obras de antropología política: sobre la demanda de autonomía y la lucha por la tierra como conceptos claves. El conjunto ofrece una sólida y precisa visión general sobre la rebelión zapatista, desde múltiples puntos de vista y con una profundidad estructural de larga duración que hace el asunto más comprensible dentro de su complejidad.⁸

⁸ Otros títulos recientes, como Arnson y Benítez (2000) reproducen (y editan, con un muy agradable sabor oral) las actas de un encuentro (mayormente académico) que fue patrocinado por el Woodrow Wilson Latin American Program y que reu-

A ello debe sumarse el trabajo de June C. Nash, una antropóloga del grupo de Chicago, que inició su trabajo de campo en Amatenango del Valle, Chiapas, a fines de los años cincuenta. Durante los siguientes cuarenta años, visitó la zona con regularidad. Alrededor de 1986, empezó de nuevo a hacer trabajo de campo con sus estudiantes por varios años. Estaba prácticamente allí justo durante los tiempos previos a la insurrección, y su reciente libro (2001) es una presentación amplia y precisa de la zona, la gente, las cuestiones involucradas, los conflictos, los programas oficiales y el lento tejido de nuevas formas de comunicación política y de lucha moral, coincidentes con una migración masiva y la recreación y el reordenamiento de las maneras sociales. "Estar ahí", el epítome de Nash para los estudios de comunidad que la iniciaron en la práctica antropológica, también se puede aplicar a su haber estado allí en la ventajosa posición del testigo (Goffman 1959: 9). Gracias a ese estudio, es posible observar, sin desencanto ni lamentos, lo que ella llama "contraestrategias indígenas frente a los procesos de globalización", es decir, las formas de resistencia, nada ingenuas, que adoptan los grupos étnicos frente a las "instituciones económicas invasoras que minan [sus] estrategias de subsistencia" (Nash 2001: 247). El libro sitúa

nió, en enero de 1999, una combinación realmente interesante de actores políticos "pro" y "contra", algunos de los cuales, como Manuel Camacho Solís, tuvieron responsabilidades del más alto nivel por parte del gobierno federal en las negociaciones con los zapatistas. Chenaut y Sierra (1995) es una buena selección de textos de diversos especialistas sobre los distintos aspectos legales de las cuestiones étnicas en México y América Latina, desde el punto de vista del derecho tanto constitucional como consuetudinario. Villoro (1999) hace un tratamiento (verdaderamente) filosófico de los temas de la diferencia, la otredad y la pluralidad, a la luz de las luchas étnicas por el reconocimiento de los derechos políticos, culturales y sociales. Sánchez (1999) es una buena revisión de las fases históricas del indigenismo institucional mexicano, así como un seguimiento cuidadoso y esclarecedor de los principales textos y tomas de postura de los zapatistas sobre el tema de la autonomía. Carbó 1983 presenta un debate de 1952 en el que son claramente visibles algunos rasgos canónicos del tratamiento discursivo parlamentario mexicano del tema de los grupos étnicos. Carbó (1990 y 1997) ofrecen (respectivamente) un sumario de formas lingüísticas para definir la "otredad" de los grupos étnicos frente a la así llamada sociedad nacional, y un panorama del discurso de las políticas mexicanas para los grupos indígenas en el marco de la retórica oficial posrevolucionaria. Para fines documentales, las compilaciones publicadas en México por la editorial Era son particularmente cuidadosas y confiables. Tanto *Memoria* (mensual) como *Proceso* (semanal) siguieron de cerca el levantamiento zapatista y sus consecuencias.

con claridad las cuestiones de la etnicidad, la autonomía, la diferencia (y el respeto) dentro de un contexto histórico específico en los Altos y la Selva de Chiapas, en un mundo neoliberalizante, global e inescapable. En su lucha por la supervivencia, los grupos étnicos se han globalizado, y están creando nuevas posiciones sociales y políticas de sujetos. Tal como lo hizo Esther en la famosa ocasión parlamentaria.

El drama social en la actuación parlamentaria

El concepto de actuación, la ejecución de un drama ritual de significación política y social, tal como es desarrollado por Victor Turner (1987: 74-5), se ajusta muy bien a las múltiples y variadas dificultades que se me presentaron al ocuparme de la acción simbólica de Esther. La naturaleza problemática de mi postura analítica es más grave porque intento seguir la resonancia que ella creó en mí como integrante de los públicos a los que se dirigía. Un impulso analítico de este tipo está por supuesto cargado de potenciales malentendidos, desde una admiración académica condescendiente ante un trabajo semiótico de primer orden, hasta el riesgo de simple error al situar o detectar los patrones específicos de acentuación, prosódica y argumentativa, propios de Esther. El impulso de trabajo es a la vez personal y profesional, pero la distancia que media entre las condiciones de vida de Esther y las de una investigadora urbana es inmensa, y aunque ambas personas comparten un cierto espacio nacional —determinado país—, habitan mundos totalmente diferentes.⁹ Soy una analista de discurso y he trabajado durante muchos años sobre el discurso parlamentario para cuestiones indígenas, pero está por definirse con exactitud la naturaleza parlamentaria de la intervención de Esther. No soy, sin embargo, una experta en el discurso zapatista, aunque colaboré con un proyecto de investigación sobre la repercusión internacional del movimiento zapatista en la prensa de algunas ciuda-

⁹ Éste es el exacto territorio en el que Vargas-Cetina (2001:69) detecta las diferentes formas de falso reconocimiento en que incurrimos “nosotros los mexicanos” (una generalización, en mi opinión) “cuando se trata de los pueblos indígenas contemporáneos”. Aunque un poco demasiado severo, y un tanto escéptico, este artículo es de leerse porque proporciona un ángulo de visión de (algunos aspectos de) la rebelión étnica de Chiapas que rara vez son tratados tan abiertamente.

des capitales (Francia, Alemania, México, España, Estados Unidos) (Huffschnid 2000 y 2001). Pero, y esto es crucial, no soy indígena y mi lengua materna es el idioma oficial y dominante del país. Además, no conozco ninguna de las lenguas mesoamericanas de México, alguna de las cuales debe ser la lengua materna de Esther.

Sin embargo, si hemos de incluir en el objeto de investigación cuerpos y miradas y otras experiencias aparte de las sólo verbales (tales como ciertos ecos particulares que forman parte de la respuesta del propio analista a una instancia dada de acción semiótica pública), quiero dar aquí testimonio de que la actuación de Esther en la escena legislativa tuvo sobre mí (y seguramente sobre otros millones de seres humanos) un notable efecto curativo. Después de tanto tiempo y tanto esfuerzo de tanta gente, y a pesar de tan denodada, feroz y mezquina oposición en todos los niveles de la escena política, allí estaban sin duda, los mismísimos zapatistas, en el Salón de Sesiones Plenarias de la Cámara de Diputados, en la tele de todas las casas, por medio de la voz y la presencia de esta mujer indígena enmascarada, de pequeña estatura y paso firme, en paz consigo misma y con todos los demás, que actuaba con un talento sin paralelo.

La capacidad curativa de su aparición pública y su actividad semiótica puede adscribirse a los procesos simbólicos que Turner percibe en las fases reparadoras de los dramas sociales (negociar, transformar, cambiar, reconocer los hechos, adaptarse a un nuevo estado de cosas). En el contexto traumático de la guerra de Chiapas hoy día, la presentación de los zapatistas en el Congreso de la Unión era, ante todo, una situación no violenta. Felizmente, era un encuentro mutuamente acordado, de naturaleza comunicativa y política, para una confrontación argumentativa y razonable. El acontecimiento y todo cuanto lo rodeó lograron una convergencia de fuerzas de la mayor importancia para México, su cultura política y su tejido social básico. La estructura entera de un drama social puede verse como "el proceso de convertir valores y fines particulares, distribuidos entre una gama de actores, en un solo sistema (que puede ser temporal o provisional) de significado compartido y consensual" (Turner 1987: 97). Esto y nada menos es lo que Esther consiguió en el escenario: una renegociación de los límites y las identidades de los grupos, una redistribución muy original del derecho a actuar y de las pretensiones de legitimidad semiótica, en una situación de (micro)crisis, junto con la creación de nuevos significados y símbo-

los, mediante un trabajo comunicativo público, a la vez observante de las reglas e innovador (por momentos, cercano a un estatus fronterizo).

El resultado de la fase reparadora, dado que actúa en el idioma metafórico de un proceso ritualizado (Turner 1987: 75), puede ser “o bien la integración del grupo social perturbado, o bien el reconocimiento y la legitimación sociales de un cisma irremediable entre las partes contendientes”. En realidad, en cualquier punto del tiempo (y del espacio) los resultados pueden ser numerosos, conforme se van produciendo bifurcaciones sobre bifurcaciones en las múltiples y crecientes redes de acontecimientos que constituyen cualquier instancia particular de actividad semiótica. Esto permite (autoriza) al etnógrafo, al analista de discurso, al semiótico y al antropólogo social “congelar” cierto ángulo o “toma” (Becker 188: 24), un punto de vista dentro de un universo inmensamente complejo e inabarcable de fenómenos interconectados (Nash 2001: 272). La toma, o sede de la observación, puede muy bien ser aquella que se le presentó a la ahora-analista en su vida cotidiana; y es uno, sólo uno, de la miríada de posibles enfoques ante el acontecimiento. El curso de las cosas, o su trama, continúa y evoluciona como y donde le es posible, siguiendo líneas de indeterminación en la vida social y semiótica (Moore 1975: 219), mientras los participantes ponen en acto una lucha continua por los significados y los mensajes. En el Chiapas actual la guerra semántica (Barthes 1984) es por cierto enconada, a menudo mortífera, y la cantidad de energía que los zapatistas han dedicado a las luchas semióticas (la creatividad literalmente vital del movimiento en la esfera de prácticas significantes de amplio alcance y múltiple resonancia) no es gratuita.¹⁰ Los fenómenos de comunicación tienen una importancia crítica para las posibilidades de mera supervivencia del zapatismo, de trasponer el aislamiento, con graves necesidades materiales y en el marco de una decidida militarización invasora y hostil (ver Nash 2001: 272, n. 8).

¹⁰ Algunos aspectos de la interesantísima vertiente semiótica de la lucha de los rebeldes por obtener reconocimiento y autonomía se examinan en Belausteguigoitia Rius (1995, 1998, 2001), Mier (1995), Rajchenberg y Héau-Lambert (1996), Peña-García (2000), Emilsson y Zaslavsky (2000), Zaslavsky (2000), Huffs Schmid (2000, 2001), Rovira (2001), Carbó (2002), Gutiérrez (2002), Hernández (2002), Moreno (1998), Ruiz (2002a, 2002b), Vanden (2001, 2002). Aunque cabe pensar que la importancia de las prácticas significantes en el movimiento zapatista y su transformación e intenso despliegue mediante operaciones estratégicas pudieran haber tenido mayor eco en los campos académicos.

Frente al efecto de fijación que una toma determinada produce, conviene subrayar el carácter procesal de los acontecimientos. Al respecto, me gustaría (re)deferir a Sally F. Moore y June C. Nash, y evocar el énfasis que ellas ponen en la crucial importancia del tiempo en las prácticas etnográficas, y la necesidad de un concepto del tiempo modulado de manera flexible, si uno quiere lograr descripciones matizadas y densas.

La vida social presenta una variedad casi infinita de situaciones finamente distinguibles y todo un despliegue de situaciones bastante diferenciadas. Contiene también campos donde la competencia es continua. Procede dentro del contexto de un conjunto siempre variable de personas, en momentos cambiantes en el tiempo, en situaciones que se transforman e interacciones parcialmente improvisadas. Existen reglas, costumbres y marcos simbólicos establecidos, pero éstos operan en presencia de zonas de indeterminación o ambigüedad, de incertidumbre y manipulabilidad. El orden nunca se impone del todo, ni podría hacerlo. Los imperativos culturales, contractuales y técnicos siempre dejan brechas, requieren ajustes e interpretaciones para ser aplicables a las situaciones particulares, y están ellos mismos llenos de ambigüedades, inconsistencias y a menudo contradicciones (Moore 1975: 220).

La argumentación entera donde aparece esta aseveración, toda la exposición de la autora sobre la naturaleza paradójica de la intervención analítica, tiene particular relevancia para los problemas conceptuales de la actuación de Esther, y de las recepciones que esa actuación se propuso y proyectó. Por su parte, June Nash (2001: 221), al ocuparse específicamente del levantamiento zapatista, dice lo siguiente: “La fluidez de la condición humana puede captarse para cada momento en un *continuum* [red o terreno, sugeriría yo] espacio-temporal, de manera tal que ilumine las fuerzas en operación”.

Esther bajo los reflectores

En este análisis, Esther es el foco principal. Considero mi tarea como un intento personal, fragmentario, de “ponderar [sus] propios recursos y [sus] fundamentaciones de creencias y acciones, y la manera en que éstas se comunican a grupos más amplios” (Nash 2001: 222). Sería mi (muy ambicioso) objetivo articular (algo de) la teoría de Esther sobre el drama social; mostrar que la tiene en efecto y la despliega en su desempeño, en lo que efectivamente dice y hace. Pero parecería necesario mucho más contexto del que puedo proporcionar en este espacio para

entender la amplia y compleja gama de los muchos aspectos de la actuación pública de Esther. Por ejemplo, como mujer indígena, el mero hecho de que la responsabilidad comunicativa recayera sobre ella para esa ocasión debe apreciarse sobre el telón de fondo de lo que sólo recientemente está dejando de ser el comportamiento comunicativo característico de las mujeres indígenas: un silencio público virtualmente total. La comandanta Esther, oradora notable, es hasta donde se sabe de origen tzeltal; su porte físico sugiere que tiene veintitantos años (tal vez un poco más), y su desempeño comunicativo en espacios públicos es altamente eficaz. Ésta es toda la información disponible, dado que se trata en efecto de una indígena rebelde no identificada, en este caso encargada de una tarea específica que contó (por el día) con el pleno reconocimiento legal oficial del gobierno mexicano.

En el encuentro parlamentario, Esther tuvo locación inicial. El suyo fue el primer turno discursivo sustantivo, una vez concluido el elaborado protocolo de entrada, instalación y bienvenida. Su primer macro acto de habla (párrafos 1-12/102) se dedicó a una tarea de alto riesgo, soberbiamente resuelta. A saber, presentarse como portavoz del mensaje oficial del CCRI (Comité Clandestino Revolucionario Indígena) del EZLN y, a la vez, aludir directamente al tema de por qué era ella y no el subcomandante Marcos, la encomendada con esa tarea; contra las expectativas de todo el mundo, a las cuales hizo específica referencia.

Sabemos que nuestra presencia en esta tribuna provocó agrias discusiones y enfrentamientos. Hubo quienes apostaron a que usaríamos esta oportunidad para insultar o cobrar cuentas pendientes y que todo era parte de una estrategia para ganar popularidad pública. Algunos habrán pensado que esta tribuna sería ocupada por el Sup Marcos y que sería él quien daría el mensaje central de los zapatistas. Ya ven que no es así (párrafos 4 y 7, versión de *La Jornada*).

Por respeto al Congreso y al encuentro que se estaba celebrando, explicó, no habían elegido como representante en esa tribuna a un miembro del ejército rebelde. El subcomandante Marcos es sólo un jefe militar y ellos, los comandantes indígenas, son la legítima y más alta autoridad civil, la dirección del movimiento rebelde. Ése fue su mensaje, claro, pragmáticamente subrayado, relativo a las controvertidas cuestiones de la dirección indígena/no-indígena y del peso relativo de los sectores militar/civil dentro del movimiento.

En la misma zona textual de fase inicial dio todavía otro paso discursivo inesperado: reconoció explícitamente el valor simbólico de la tribuna (el elemento de mobiliario físico), la exacta locación espacial

desde la cual hablaba, admitiendo que el acceso a “la tribuna” había sido motivo de una ardua lucha por parte de los zapatistas y de una intensa oposición por parte de otros sectores de la escena política nacional. También identificó su propia presencia y tarea comunicativa como un “símbolo”.

Esta tribuna es un símbolo. Por eso convocó tanta polémica. Por eso queríamos hablar en ella y por eso algunos no querían que aquí estuviéramos. Y es un símbolo también que sea yo, una mujer pobre, indígena y zapatista, quien tome primero la palabra y sea el mío el mensaje central de nuestra palabra como zapatistas.

Esta referencia casi brechtiana al uso deliberado que los zapatistas hacen de los espacios institucionales y los recursos simbólicos constituye otra vuelta de tuerca en el ejemplo político que se podía considerar que los zapatistas estaban brindando (tácitamente) a su público específico (los legisladores). Como tal, también es prueba de que éstos son tiempos de “efervescencia social”, como Turner (2001: 77), siguiendo a Durkheim, los llama; cuando las posiciones relativas de los actores y sus límites se negocian y transforman siguiendo nuevas líneas de fuerza en el trazo de las alianzas.

Durante su actuación en la sala de sesiones, Esther mantuvo un control expresivo impecable; ni una sola nota en falso perturbó el tono de su presentación; estaba claro que había gozado de una dirección escénica más que adecuada (Goffman 1959: 52). El manejo de miradas que exhibió la comandanta no fue demasiado elaborado, y ello resultaba razonable, dadas las condiciones materiales en las que se desenvolvía. Esther estaba de pie, en una posición aislada, plenamente visible, sus pies calzados con huaraches o algún tipo de zapatos bajos (sin tacones, calcetines ni medias), frente a un podio que resultaba demasiado alto para ella y sobre el que había dos micrófonos. Se mantenía erguida y alerta sin ninguna tensión perceptible. Cuando alzaba la cabeza y los ojos (y algo de la parte superior del torso), en los finales de las unidades compositivas comunicativas, su mirada era de nuevo firme y clara, enfocada en la distancia pública de fase cercana, según Edward T. Hall (1982: 123), entre 3.5 y 7.5 metros. Mientras hablaba, una de las cámaras hizo varios acercamientos a la zona de sus ojos. Por lo que se podía apreciar en la transmisión televisiva, es posible que tuviera a algunos legisladores (sólo unos pocos) frente a ella, a una distancia social de fase lejana, 2 a 3.5 metros (Idem: 122), a los que tal vez dirigía más específicamente algunas partes de su discurso.

Gracias a la presencia de un muy buen sistema de sonido, su modulación vocal no requirió esfuerzo para sostener el volumen ni una pronunciación particularmente marcada (como en el Ajusto), de modo que su melodía comunicativa personal resultaba perceptible y, una vez más, convincente. Aunque a veces se notó que sus acentuaciones retóricas no correspondían exactamente al patrón sonoro del discurso público en español estándar, la musicalidad de su producción vocal era agradable de oír. En todo caso, me pareció que cierta monotonía llegó a imponerse en algunos tramos de su discurso, en la zona media, aunque no se ha hecho aún el estudio de su prosodia en español.

La fotografía 1 apareció en la página ii (de viii) del *Perfil* del 29 de marzo. No es particularmente elocuente, pero da cierta sensación volumétrica de Esther, junto con una idea básica de su apariencia en el momento del habla. También es prueba del tributo que la visión periodística rinde a la convención del yo-como-personaje (Goffman 1959: 252), es decir, una especie de psicobiología de la personalidad que asigna (predominantemente) a la parte superior del cuerpo el valor de yo (mismo). Esta noción, que busca la "individualidad", es particularmente inadecuada en el caso de individuos cuyos rostros, precisamente, entre todos los elementos que componen la parte superior del cuerpo, están cubiertos. Sin embargo, un cuerpo y una cabeza vivos y comunicantes nunca pierden del todo la expresividad. Como se ha señalado, ésta se traslada (y se concentra) en las áreas de la cara que quedan desnudas. En la fotografía, Esther levanta los ojos de lo que está leyendo, pero no mira a la cámara. En la toma ligeramente oblicua es bien visible su área ocular (incluidas las cejas y el puente de la nariz). No hay agitación en la superficie de sus rasgos; todo parece en su lugar, alerta y enfocado; también tranquilo y cauteloso. En términos de atavío, la opción se situó hacia el extremo formal del espectro; Esther llevaba un atuendo étnico completo: blusa, falda y quesquémel o chalila, un conjunto sin duda demasiado abrigado para el recinto, pero que inequívocamente procedía de los fríos Altos de Chiapas. Ninguna concesión a la forma "occidental" de indumentaria fue visible en el caso de Esther, aunque algunos de los otros comandantes (varones) llevaban gorra encima del pasamontañas.

La naturaleza parlamentaria precisa del acontecimiento en el que los zapatistas fueron recibidos era una solución inteligente (cuyo origen o autoría se ignora) a un *impasse* de procedimiento (entre tantos otros,

de todo tipo, origen y nivel). Los zapatistas habían pedido un encuentro con “el Congreso (de la Unión)” (sin más condiciones públicamente conocidas, pero...). El gobierno tuvo una línea de conducta confusa, obviamente dividido en bloques, líneas y sectores opuestos, mientras el aparato político partidario mostraba en la escena nacional una situación volátil y muy complicada, y existía siempre el riesgo de que la movilización de masas en la ciudad capital escalara. Cuando el tiempo ya casi se acababa, el PRD, Partido de la Revolución Democrática, oposición de izquierda, y algunos —numerosos— diputados del viejo y conocido PRI, Partido Revolucionario Institucional, lograron vencer en la votación al partido en el gobierno, el PAN. En el último minuto, los comandantes rebeldes visitantes fueron invitados a una reunión conjunta de las dos comisiones encargadas del análisis de la Ley de Derechos Indígenas: una de Asuntos Indígenas y la otra de Estudios Constitucionales; es decir, a un supuesto encuentro a puerta cerrada, aunque fue transmitido en vivo en cadena nacional. Esto también es un buen indicio incidental de la medida en que la paradoja como principio práctico, constitutivo, permea la política mexicana incluso en su funcionamiento institucional, oficial. Por su parte, los zapatistas, con infalible buen sentido semiótico, prefirieron la fuerza tangible de un espacio físico (el salón de sesiones plenarias de la Cámara de Diputados) antes que una discusión sobre el estatus jurídico del encuentro. Aceptaron la invitación. Así, algunos expertos juristas (un poco demasiado) puntillosos del partido en el gobierno, y todos aquellos que detestan la idea de ver a “una bola de indios alzados” en el Congreso tuvieron la satisfacción formal de que no se violaba la Constitución al dar la palabra a oradores que no eran legisladores en ese (solemne) territorio de naturaleza institucional.

La semiótica zapatista

Llevar hasta el límite el trabajo semiótico ha sido característico de la lucha zapatista. A este respecto, la presencia de Esther en el Congreso no fue una excepción. En esa misma ocasión, tuvo lugar otra instancia de la manera creativa en que los zapatistas conciben y emplean las potencialidades del sistema. La fotografía 2 muestra a los comandantes cantando el Himno Nacional en la clausura de la ceremonia parlamentaria: su saludo, con la mano izquierda en ángulo a la altura de la sien,

es militar, y no civil (que hubiera requerido el brazo derecho doblado horizontalmente con la mano cruzada a la altura del corazón); pero claro: se trata de insurrectos. Ofrecen sus respetos a uno de los símbolos nacionales más hondamente arraigados en la práctica civil de la sociedad mexicana, y lo hacen a su propio modo, no autorizado. Se puede decir que cumplen las reglas a contrapelo, y así actúan sobre (y contra) muchas de las prácticas y rutinas del estilo mexicano de dominación política. Si suponemos que el saludo es una puesta en escena militar del patriotismo, entonces los zapatistas logran actuar lo que son: una nueva forma de rebelión étnica armada, con múltiples facetas y recursos inesperados, en grave confrontación con el estado de cosas establecido.

Es también novedosa su lectura auto-constructora de la épica nacional. El zapatismo declara y reclama como su fundamento la continuidad histórica con una determinada tendencia revolucionaria campesina dentro de la historia mexicana del siglo xx e incluso antes. El general Emiliano Zapata y su lucha por la tierra (y las formas campesinas de vida social y régimen de gobierno) son desde luego una fuente de inspiración central, pero hay otras, desde la guerra de independencia (Morelos, Hidalgo) en el siglo xix, hasta, más profundamente aún, antiguas costumbres, creencias y modalidades expresivas étnicas propias de Mesoamérica (ver Gilly 1997 y Rajchenberg y Héau-Lambert 1996). Como movimiento armado, no son particularmente militaristas y siempre han insistido en su esperanza de dismantelar su actual forma insurreccional, cuando la rebelión ya no sea necesaria para hacerse ver y oír. Los zapatistas, y vale la pena insistir en ello, no son terroristas de ninguna especie. Son rebeldes armados de un peculiar género humanista, que característicamente han apelado a la razón en las cuestiones conflictivas y a la acción simbólica como forma preferida de intervención política.

El 1° de enero de 1994, con ocasión de su primera aparición pública y declaración de intenciones, los zapatistas sólo llevaron a cabo, desde un punto de vista estrictamente militar, unos pocos actos de "propaganda armada" (como un viejo paradigma los habría calificado), muy impresionantes y eficaces, de nivel regional. Desde luego, tuvieron un costo en vidas, aunque todo obedeció a una cuidadosa planeación, en la que se desempeñaron con precisión y éxito notables. Literalmente tomaron por asalto todas las cabeceras municipales importantes de la

región, y desde allí lanzaron su Primera Declaración de la Selva Lacandona. Después, se retiraron a posiciones no reveladas, en las Montañas del Sureste Mexicano. En mitad de la celebración del Año Nuevo, los mexicanos de las ciudades y el resto del mundo quedamos pasmados. Su entrada en escena fue abiertamente teatral, y el momento elegido se ajustó puntualmente al ingreso oficial de México en el TLCAN (y al estilo-de-vida-del-Primer-Mundo-para-todos-nosotros-para-siempre-jamás, y otras sólidas seguridades ofrecidas por el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari). Lograron abrir un canal comunicativo y empezaron a hacer uso de él mediante el extenso, argumentativo y poderoso texto de declaración de guerra y de principios políticos (ver EZLN 1994: 33-5).

El diseño de la página del *Perfil* de *La Jornada* en el que apareció la fotografía 2 merece cierta atención. El título está situado en el borde inferior, colocación que no es poco habitual, y aunque el mensaje lingüístico no se presenta en tipografía de gran tamaño, su contenido y su forma sintáctica (“Llegó al Congreso la palabra verdadera”) son interesantes. Verbalmente, los zapatistas no están nombrados de manera directa; se les asimila a una entidad abstracta, positivamente valorada: “la palabra verdadera”. Ello es un claro eco tanto del discurso de Esther en la ocasión, como de la conocida reapropiación zapatista de una antigua forma tzeltal de auto-identificación grupal (“los hombres verdaderos”, “los que hablan una palabra verdadera”), nuevo ejemplo de cuán activo está el pasado en la lucha semiótica de los grupos indígenas mesoamericanos contemporáneos (ver Nash 2001: 235). En el nivel de la estructura de la frase, el orden sintáctico preferente del español (svo) se invierte, con el verbo en una estructura preposicional y la expresión locativa (el Congreso) en lugar inicial, lo que subraya la naturaleza casi inalcanzable de esa posición de habla.

Sin embargo, por muy lejano e improbable que tal acontecimiento pudiera parecer, según los ecos producidos por el orden sintáctico, la foto atestigua que sí ocurrió, después de todo. La cámara logra encuadrar a siete comandantes desde una posición oblicua, elevada y presumiblemente distante (aunque sólo se distingue confusa o mínimamente a los individuos situados en la esquina superior izquierda e inferior derecha), que es la dirección en la que corre la línea que define la composición entera de la imagen. Esther se encuentra exactamente en el medio de ellos, y prácticamente ocupa el centro geométrico de toda la

página. La blancura de su atuendo tradicional femenino aumenta el efecto de focalización.

Para un lector habitual del periódico, un posible itinerario de lectura de toda la portada puede iniciar con una breve ojeada de abajo hacia arriba para simplemente constatar la presencia del encabezado estándar del suplemento. Una vez resuelto eso, la unidad inmediata siguiente de aprehensión es el recorrido visual de los comandantes a lo largo de la línea estructural descendente, con un alto involuntario (un *close-up*, de formato pequeño) en el sexto individuo, con quien el espectador se encuentra de pronto en marcada cercanía, casi intimidad. De ahí, la mirada se traslada al texto verbal en el margen inferior. Y luego, cuando ha concluido el desciframiento del mensaje verbal, un rasgo textual “dado” dentro de él promueve un “cierto” trecho visual subsecuente. Me refiero al hecho de que “verdadera”, último elemento léxico de la frase, es un adjetivo que bien puede aplicarse a un individuo humano del sexo femenino. La posibilidad de esta identificación semántica se añade a la “naturalidad” del movimiento de lectura que regresa desde el extremo inferior derecho de la página y sube hacia el centro del escenario/página, donde se encuentra (con) Esther. El proceso de aprehensión hace, pues, una última parada en su pequeña figura, resuelta y bien definida.

En la lengua dominante

Durante el transcurso de todo su desempeño parlamentario, Esther actuó en español, y lo hizo con notable eficacia. Leyó de hojas sueltas (papel blanco tamaño carta), más al estilo de un político que en el caso del resto de los mítines de la Caravana (incluido el del Ajusco), donde todos los comandantes (también Esther) llevaban cuadernos escolares (un tanto maltratados) con espirales de plástico y pastas de cartón. Mientras Esther leía en el Congreso, ciertos movimientos expresivos de cabeza y ojos fueron puntuando la materialización de variadas unidades semánticas y niveles de enunciación en su oratoria, a la cual mantuvo todo el tiempo en clave media, con un código de énfasis más sutil que fuerte. De hecho, se desarrolló como si siempre hubiera poseído esa soltura, y como si nunca hubiera tenido que “abrirse paso a trompicones a través de un periodo de aprendizaje” (Goffman 1959: 47). El español es segunda lengua para Esther, debemos recordar, aunque la calidad de

su actuación fue tal que, poco después de concluida la escena, se la comenzó a identificar como maestra, es decir, como parte del sector más bilingüe de los grupos étnicos.¹¹ Desde un punto de vista teatral, su condición de portadora de una palabra colectiva fue confirmada por su *persona* enmascarada y su particular aplomo. Y a la vez, logró actuar un yo (¿su yo (misma)?) “presentado mediante una actuación que rompe los papeles establecidos [...] y que declara ante un público determinado que uno ha experimentado una transformación de estado y de estatus, se ha salvado o condenado, elevado o liberado” (Turner 1987: 81). Desde otro punto de vista convergente, también se la puede considerar como un individuo “que ocupa temporalmente una posición, en un acontecimiento que implica inversión y cambio de los marcos y símbolos sociales y culturales”, y que genera “formas sociales en el proceso de remplazar las reglas o formas existentes por nuevas reglas o formas (es decir, el paso de un tipo de ordenamiento determinado a otro)” (Moore 1975: 228-9).

El hecho de que el español sea la lengua de comunicación pública de Esther y que lo emplee con tanta naturalidad comunicativa produce una inversión nítida de la evidencia acumulada de datos sobre el discurso-parlamentario-sobre-asuntos-indígenas con el que trabajo (Carbó 1996, vol. 2). Hay muchas ocasiones en la práctica parlamentaria en que los grupos étnicos y su contribución específica a la identidad nacional mexicana son mencionados, invocados y celebrados, aunque ni remotamente son tantos los casos de personas indígenas físicamente presentes en la Cámara. Sucedió, por ejemplo, el 12 de octubre de 1940, en el último año del periodo presidencial de Lázaro Cárdenas, cuando se celebró el aniversario oficial del descubrimiento de América por Colón con una sesión solemne del Congreso de la Unión en reconocimiento a la política de “rehabilitación de los indígenas” seguida por el presidente. Un discurso en náhuatl (en realidad, en “idioma azteca”) añadió su

¹¹ “Una escena correctamente representada y actuada lleva al público a imputarle un yo al personaje representado —esta imputación, este yo, es un *producto* de la escena que resulta de ella, y no es su *causa*” (Goffman 1959: 252, cursivas del original). La cita resuena de un modo extraño ante la aparición enmascarada de Esther. ¿Qué yo es su yo (misma) detrás de la máscara? Si se la quitara ¿cuánto más sabríamos? He ahí el juego de imbricaciones de las cajas chinas, aunque sólo sabemos lo que los zapatistas nos hacen saber: Esther es una mujer indígena en armas, que habla en nombre de muchos otros. Eso debería bastar.

pauta sonora a la solemne (y devota) ceremonia. Una transcripción, de dudoso estatus ortográfico, apareció en el *Diario de Debates*, seguida de una (auto-denominada) traducción, proporcionada por el mismo individuo, un diputado de origen no precisado (dentro de la sesión), probablemente un mestizo. Según su propia versión española del “idioma de los indígenas” (así nada más, sin ninguna marca visible de inclusión del propio hablante), el hablante transmitió los contenidos ideológicos de los dominadores en un idioma mesoamericano que sin razón expresa resultó que él hablaba. Dedicó la mayor parte de ese privilegiado turno discursivo a agradecer efusivamente a Cárdenas por haber “rescatado” a los pueblos indígenas de cuatrocientos años de olvido.

Ese diputado bilingüe parecía encontrarse allí simplemente como contraprueba de una exclusión sistemática, una presencia sólo un poco más activa que la que se otorgó, unos dos años más tarde, a los representantes de diversos grupos étnicos, cuando la presión de Estados Unidos sobre México durante la Segunda Guerra Mundial cobraba ya su cuota en cuanto a escenificaciones rituales de valor ideológico e intención política. La sesión parlamentaria del 24 de diciembre de 1942 se consagró a un homenaje del Congreso “al indio mexicano” (literalmente: forma masculina, definida, singular), frente a ese “perturbado individuo en Europa que sostiene teorías racistas contra la democracia en el mundo”. Durante todo el homenaje, los individuos étnicos que según reporta el *Diario* estuvieron presentes guardaron completo silencio; fueron gráficamente invisibles (Carbó 1988). Esther, por su parte, apeló al español, idioma oficial y dominante en el México contemporáneo, emblema de la ocupación colonial y del subsecuente control oficial en manos de los otros. Utilizó el español, como los demás comandantes zapatistas habían estado haciendo a lo largo del itinerario de la Caravana, para transmitir lo que ella/ellos quería/an hacer llegar a un público inmensamente variado, en encuentros públicos de tipo cara-a-cara y también de circulación electrónica potencialmente ilimitada.

Movimientos estratégicos

En cuanto a las tareas propiamente parlamentarias, la aprobación del proyecto de Ley de Derechos Indígenas no era el objetivo principal de Esther; su intervención no se proponía realmente persuadir a los diputados de que votaran esa propuesta, ni debe medirse en esos términos su

éxito o fracaso. Después de lo difícil que había resultado simplemente llevar a los zapatistas hasta el Congreso (junto con otros signos negativos en la escena política), se pensaba (tácitamente) que la versión de ley que el zapatismo impulsaba no sería aprobada en la Cámara (como no lo fue, a mediados de agosto del mismo año). Los rebeldes estaban —habían estado— trabajando en términos de otros objetivos y procedimientos: sobre el supuesto de que la verdadera lucha corresponde a la sociedad civil y no a las estructuras políticas en un sentido tradicional. Por lo demás, estas estructuras, al igual que el poder legislativo en un régimen abiertamente presidencialista, ya atravesaban en 1994 una creciente crisis de legitimidad. La intervención de Esther en marzo de 2001, si algo hizo, fue contribuir a la profundización de esa “falla”, la fisura irreversible entre un aparato político dominante y obsoleto y un conjunto de movimientos y demandas de base que plantean una resistencia crítica.

Esther libra hábilmente una batalla (no sólo) semiótica contra el estado de cosas prevaleciente, y se asegura de que su mensaje llegue a destino, tanto a través de sus palabras como de su comportamiento no verbal, negando, entre otras cosas, el derecho exclusivo de los diputados y senadores de aprobar leyes socialmente aceptables y justas. Para el logro colectivo de instrumentos legales, argumenta la comandanta, también deben ser escuchadas las voces de otros participantes, como los que ella representa ese día. Su cuerpo la acompaña cuando así actúa, con aplomo y fuerza, en contra de los fundamentos ideológicos mismos del Congreso como única institución autorizada para establecer principios y normas aceptables de comportamiento social. Esther logra esto mediante varias jugadas estratégicas diferentes, vinculadas entre sí.

En el texto verbal, su segundo macro acto de habla (párrafos 13-22/102) fue un comentario extenso sobre la institución parlamentaria, los valores de igualdad, justicia y sabiduría que se suponen allí prevalecientes, la ausencia de temor (al castigo o a la muerte) con la que los legisladores pueden expresar sus propias opiniones libremente, incluso si éstas difieren de las de otras personas, en notorio contraste con la suerte de los dirigentes campesinos e indígenas presos o asesinados (a quienes ella rindió homenaje en su texto). En suma: Esther desplegó un amplio conocimiento (idealizado) de los principios que se supone dan fundamento a la institución legislativa, y, en cierto sentido, llegó a sonar como una auténtica habermasiana cuando describía los atributos y tareas parlamentarias como un ejercicio de argumentación racional e

incluyente, un encuentro basado en la plena democracia de pensamiento y de palabra.

Hace unos días, en este recinto legislativo, se dio una discusión muy fuerte y, en una votación muy cerrada, ganó la posición mayoritaria. Quienes pensaron diferente y obraron en consecuencia no fueron a dar a la cárcel, ni se les persigue, ni mucho menos fueron muertos. Aquí, en este Congreso, hay diferencias marcadas, algunas de ellas hasta contradictorias, y hay respeto a esas diferencias (párrafo 13).

Nada dijo sobre la conocida y más que imperfecta práctica de las responsabilidades legislativas en el México presidencialista (ver Carbó 1987). Lo que Esther necesitaba, por lo menos en lo tocante a la definición inmediata de la situación, era una imagen ideal del parlamento, en la que su público directo pudiera cómoda o virtuosamente imaginarse incluido. Además, su detallado conocimiento de cómo debía ser una Cámara servía para comprometer a su público en un acuerdo tácito sobre aquellos principios, consenso que con seguridad habría de ser válido también para la presente y compartida ocasión.

Esta atmósfera de entendimiento cívico generalizado constituyó un logro excelente; más aún ante lo que todavía estaba por venir en el mismo encuentro. En locación final en el nivel de su intervención completa (párrafos 77-86/102), Esther llevó a cabo otro notable acto de habla, de naturaleza inesperada en el escenario dado, pero íntimamente asociado a las complejas bases para la construcción de su identidad que habían permitido a los zapatistas llegar hasta allí. Se trató de un acto de habla típicamente militar: el anuncio de una tregua y, en concordancia con ello, la emisión de instrucciones a sus subordinados, específicamente al subcomandante Marcos, sobre ciertas posiciones en la zona de conflicto, de las que el ejército federal acababa de retirarse, siguiendo instrucciones del presidente Fox. Al replicar (es decir, repetir y responder) al acto del presidente de la República, Esther se iguala con ese puesto supremamente elevado en el régimen político. Al actuar en un escenario social de carácter institucional y naturaleza quintaesencialmente civil, bajo el control legal exclusivo del "equipo contrario" (Goffman 1959: 92), Esther forzó los límites lo más posible, tomando en cuenta el hecho de que su posición de habla real en ese momento particular la hacía virtualmente intocable, sin importar lo que dijera (ni más ni menos que un legislador, por una vez).

Primero. Ordenamos al compañero Subcomandante Insurgente Marcos que, como mando militar que es de las fuerzas regulares e irregulares del EZLN, dis-

ponga lo necesario para que no se realice ningún avance militar de nuestras fuerzas sobre las posiciones que ha desocupado el Ejército Federal, y que ordene que nuestras fuerzas se mantengan en sus posiciones actuales de montaña.

El cuidado visible que los zapatistas habían puesto en la escenificación específica en el Congreso de la Unión no fue ninguna sorpresa. June C. Nash (2001: 240-3) categóricamente los declara no sólo muy aptos en términos simbólicos, sino claros ganadores en su lucha con la burocracia oficial por los espectáculos en espacios públicos. Cita a este respecto la magistral utilización que hacen los zapatistas de los zócalos, siempre que han tenido acceso a ellos, y considera que el gobierno recurre a un mayor (y creciente) control militar, debido a su incapacidad (la de la parte oficial) para la guerra semiótica.¹² Creo posible explorar la configuración propia de un régimen discursivo zapatista con la idea de que su conducta comunicativa introduce una carga renovada de densidad semiótica vital (de naturaleza, en última instancia, vida/muerte), en un discurso público por lo demás inane. Logran así provocar cambios, transformaciones y reacomodos en el orden social. Es notable también su capacidad para crear configuraciones significantes novedosas, es decir, para exhibir conjuntos sincréticos de significados y mensajes que no se habían visto antes en la escena política mexicana. Por ejemplo, en el Congreso Nacional Indígena convocado por los zapatistas en enero de 1996 y bautizado por el comandante Tacho como “Fiesta de la palabra”, la escolta de seguridad de los veinticuatro comandantes que asistieron estaba formada por mujeres (Nash 2001: 151), invirtiendo así todas las figuraciones estereotipadas sobre la fuerza y la debilidad relativas de la identidad femenina y masculina. Diversas experiencias organizativas en la región han contribuido a esa competencia comunicativa, aumentando la permeabilidad de las fronteras discursivas y ampliando los horizontes expresivos de los indígenas. Las cooperativas de tejedoras, por ejemplo, fueron discursivamente cruciales, y la teología católica de la liberación, considerada por Nash (2001: 227) y otros como “el alma del movimiento subregional”, les proporcionó experiencias de hermandad y acción comunitaria, a la vez que fuerza espiritual y moral. Desde su herencia maya hasta las confrontaciones

¹² Sobre la entrada de la Caravana zapatista al zócalo de la ciudad capital y el itinerario seguido por las calles del centro histórico (el mismo del Ejército Libertador del Sur), véase Arango 2002.

significantes locales y regionales, los zapatistas se han mostrado afectos a las paradojas, las inversiones, las metáforas y los paralelismos retóricos.

Lo que estaba —está— en juego para ellos, y no sólo en este encuentro específico con los legisladores, es la construcción de bases para “una definición de la situación” a escala nacional en la escena política mexicana. Les preocupaba/preocupa específicamente “definir la naturaleza de la relación de los actores involucrados en la interacción” (Goffman 1959: 4, n. 3), en este caso, los grupos étnicos y las instituciones mestizas de poder. También el marco de cierto tipo de interacción: la que se “establece [...] para expresar diferencias de opinión” (Idem: 10, n. 7). En conjunto, y según Goffman (1959: 9-10; cursivas mías), mantener un acuerdo de superficie, un “venero de consenso”, es una tarea necesariamente colectiva. “Juntos, los participantes contribuyen a una única definición general de la situación que involucra no tanto un acuerdo real sobre lo que existe, sino más bien un acuerdo real sobre *cuáles demandas relativas a qué asuntos se habrían de atender en ese momento*”.

Las mujeres indígenas toman la palabra

Esther, sin duda, tenía mucho que decir respecto a cuál agenda (y la de quiénes) era la que tocaba en esa ocasión. Además del segmento discursivo (casi una cátedra) sobre la economía política de la palabra (si ésta emana de privilegiados contextos institucionales como el Parlamento o de otros), Esther también hizo muy buenos señalamientos, tanto narrativos como argumentativos, sobre la cuestión de las mujeres, durante el largo tramo de su discurso que estuvo destinado al tema (párrafos 38-68/102). El campo (feminismos, estudios de mujeres y de género, y zapatismo) se ha convertido en toda una formación discursiva, y es correcto que así sea. La bibliografía anexa incluye sólo algunos de los títulos que, en mi opinión, representan mejor la complejidad de una perspectiva de género ante las demandas étnicas y campesinas, junto con la aplicación generalizada, en las zonas rebeldes y fuera de ellas, de conjuntos de “usos y costumbres tradicionales”, no necesariamente exentos de formas patriarcales de dominación.¹³

¹³ Todo el libro de Hernández Castillo es una buena introducción a este complicado panorama de problemas; compilaciones excelentes son Lovera y Palomo (1997)

Ciertamente es llamativo y estimulante ver a jóvenes mujeres indígenas que están en la primera línea de una lucha política (*high-tech* y de escala global) salir de la selva, con los rostros enmascarados y nombres supuestos. Lo que pueda llegar a saberse sobre el proceso previo de construcción de tan buena nueva será bienvenido. Por ejemplo, vale la pena señalar que en la Selva Lacandona, Chiapas, muchas mujeres han tomado las armas (casi el 40 por ciento de las fuerzas regulares zapatistas); son jóvenes, solteras, viudas, divorciadas, “particularmente movidas por una nueva visión de la feminidad étnica” (Nash 2001: 180). Junto con sus hermanas, madres y abuelas (las generaciones van rápido), hasta ahora habían sido las guardianas de diversos conjuntos de prácticas y nociones culturales, sociales y étnicas de origen maya o de otros grupos mesoamericanos. En realidad, han hecho mucho más que eso: han garantizado la reproducción física del grupo como tal, con intensivo trabajo materno, en condiciones materiales más que difíciles (ver Nash 2001: 15-29; 179-82, y *passim*). Y en los últimos tiempos, cuando todo esto, que constituye una verdadera (y sin duda injusta) “técnica de supervivencia preñada de marcas de género” (Nash 2001: 247), se ve amenazado hasta su núcleo mismo por las fuerzas globales desatadas, la presencia movilizadora que en la zona de conflicto se ha enfrentado a las fuerzas militares, al ejército de ocupación, ha sido (predominantemente) la de las mujeres (Nash 2001: 183).

Discursivamente, Esther había introducido la cuestión de género desde el principio, al ocuparse del valor simbólico de que fuera ella, una mujer de origen indígena, la portavoz designada (y no Marcos u otro cargo militar); es decir, auto-refirió en primer lugar su intervención como la de una mujer indígena. En el segundo tratamiento del tema de las mujeres (el principal), Esther formuló una narración y descripción —en primera persona femenina del plural— de las condiciones de vida (particularmente duras) de las mujeres en los contextos étnicos rebeldes (y no rebeldes) del México contemporáneo.

y Rojas (1995), así como *La Correa Feminista* (1994), esta última compilada por una publicación feminista mexicana crítica y bien conocida. Ver también Carlsen (1999), Jaidopulu Vrijea (1999), Millán (1996), Carbó (2002) y Díaz-Polanco y Sánchez (2002; sección: “Indigenismo y autonomía: Mujeres insumisas”, pp. 103-19). Vargas-Cetina (2001) contiene varias observaciones agudas sobre la posición de las mujeres en los contextos étnicos contemporáneos. Véase asimismo Belausteguigoitia (2000), Castro (2000), Freyermuth y Manca (2000), Freyermuth y Fernández (1996), Gil (1999), Millán (1998), Oehmichen (1999), Valladares de la Cruz (2001).

Yo quiero hablar un poco de eso que critican a la Ley Cocopa porque legaliza la discriminación y la marginación de la mujer indígena. [...] Quiero explicarles la situación de la mujer indígena que vivimos en nuestras comunidades, hoy que según esto está garantizado en la Constitución el respeto a la mujer.

Hizo una etnografía crítica, autobiográficamente fundamentada, de las relaciones hombre/mujer, y dejó perfectamente claro que las mujeres zapatistas no están satisfechas con el actual estado de cosas; criticó expresamente a los hombres y su trato violento contra las mujeres en la interacción familiar, y distinguió cuidadosamente entre rasgos (o líneas) buenos o malos, aceptables o no, de los usos y costumbres para con las mujeres. Se ocupó, en resumidas cuentas, de los derechos reproductivos y de la salud, de las oportunidades laborales (tierra y crédito para las mujeres en igualdad de condiciones que los hombres), de la libertad de expresión y de pensamiento, de la educación, del respeto a la diferencia y de la paz. Contra el objetivo intelectualmente paternalista asumido por los varones blancos dominantes, consistente en dar protección legal a las mujeres indígenas rechazando precisamente la Ley de Derechos Indígenas que los propios pueblos indígenas estaban proponiendo (otra bonita paradoja operativa), Esther también se aventuró en el coto constitucional, contra-argumentando sobre las supuestas ventajas del proyecto de ley oficial.

Se acusa a esta propuesta de promover un sistema legal atrasado, y se olvida que el actual sólo promueve la confrontación, castiga al pobre y le da impunidad al rico, condena nuestro color y convierte en delito nuestra lengua.

Todo su discurso está atravesado por matizadas formas de tratamiento del auditorio y por modalidades de interpelación de amplio alcance; la selección léxica es simple, con unos pocos préstamos de un vocabulario más urbano (de tipo "revolucionario"); la estructura sintáctica también es no-compleja, aunque en absoluto monótona. De hecho, Esther mostró pleno dominio de numerosas figuras retóricas clásicas como la negación, la repetición, el contraste, las preguntas impersonales y otras. Los conectores argumentativos (*pero, por eso, así que, sí, porque, entonces*) fueron abundantes y cuidadosamente utilizados en el apretado tejido del componente textual de su actuación. En general, y por sobre la enorme diferencia de género, lengua, etnicidad, clase, educación, edad, alfabetización y experiencia rural-urbana que la separa de sus muy variados públicos, Esther logró una actuación ajustada y sólida de drama político y social, también desde un punto de vista verbal y discursivo. ¿Quién le está haciendo qué a quién?, era la pregunta que surgía de inmediato

ante la transmisión televisiva de su despliegue semiótico en el Congreso de la Unión, mientras se abría paso con donaire a través de la complejidad de las múltiples relaciones asimétricas en esa ocasión específica. Su amplio tratamiento del tema de las mujeres fue claramente un movimiento importante en su estrategia comunicativa, una poderosa toma de postura dentro de la correlación política de fuerzas de ese momento. Y ciertamente se dirigió con esmero a sus aliados (reales o potenciales).

Si ahora se puede ver con optimismo el camino de la paz en Chiapas es gracias a la movilización de mucha gente en México y en el mundo. A ella le agradecemos especialmente [...] También ha sido posible por un grupo de legisladores y legisladoras, que ahora están frente mío, que han sabido abrir el espacio, el oído y el corazón a una palabra que es legítima y justa.

Vista en conjunto, se puede considerar que la actuación de Esther en el Congreso cubrió diferentes fases en un orden muy interesante.¹⁴ En primer lugar, se ocupó de los temas de la autoridad civil/militar, la agencia y la representación políticas, a la vez que introducía, en una locación temprana y señalada, la cuestión étnica que su presencia simbolizaba. En seguida, trabajó los temas de mujeres (y los asuntos constitucionales) y, tras haber establecido su plena capacidad como comandanta de origen indígena, llevó a cabo (puso en escena o actuó) *in situ* un acto plenamente militar.

Ciertamente aparecieron muchos otros temas y ocuparon secciones funcionales de construcción o de enlace a lo largo de su discurso pero, en el actual nivel de análisis textual en el que estoy trabajando, estos (macro)actos de habla, o movimientos discursivos, destacaron, y obtuvieron abundante atención de la prensa nacional al día siguiente. A continuación un ejemplo de su elocuencia en un tramo de alto diapason.

Así es el México que queremos los zapatistas. Uno donde los indígenas seamos indígenas y mexicanos, uno donde el respeto a la diferencia se balancee con el respeto a lo que nos hace iguales. Uno donde la diferencia no sea motivo de muerte, cárcel, persecución, burla, humillación, racismo.

¹⁴ "Las actuaciones nunca son amorfas ni abiertas, tienen una estructura diacrónica, un principio, una secuencia de fases que se superponen pero que pueden aislarse, y un final [...]. Su estructura no es la de un sistema abstracto; ésta se genera a partir de oposiciones dialécticas entre procesos y entre niveles de proceso" (Turner 1987:80).

Obviamente, Esther no llegó por sí sola a semejante nivel de maestría. Cientos, miles de mujeres indígenas comparten esta larga marcha hacia el empoderamiento y la acción pública. Formas incipientes de activismo social y político, la interacción con autoridades no indígenas y con organismos gubernamentales o, más recientemente, con las ONG, la experiencia de luchas legales por la tierra y otras demandas campesinas, en el marco de una intolerable injusticia regional y de graves privaciones materiales en la vida diaria, todo ello (y más cosas) han contribuido a ese fin. June C. Nash (2001: 179) constata que “aunque rara vez se habla de ello en la literatura sobre los conflictos agrarios y la organización política, estos grupos de mujeres representan el cambio más revolucionario habido en la sociedad chiapaneca, ya que han llevado a la mitad de la población que tenía vedada la participación política a desempeñar papeles activos en la sociedad civil”.

Conclusión: vinculación versus violencia

La exploración precedente ha tenido por objeto describir, analizar e interpretar cierta cantidad (un conjunto de conjuntos) de datos discursivos, semióticos, de carácter particular (personal y científico al mismo tiempo, aunque ambas modalidades tienen desde luego una inflexión experiencial), y hacer esto a la luz de algunos planteamientos teóricos propuestos en estudios cualitativos del comportamiento social humano. El nivel principal de observación ha sido lo que Turner (1987: 79) llama “la compleja relación entre la vida social y su representación cultural”. Ahora es necesario examinar los resultados de este intento. Hasta aquí, parece haber producido algunas pistas interesantes para el caso presente (y tal vez no sólo para éste).

Por ejemplo, si se evalúa el acontecimiento desde el punto de vista de la (cantidad y naturaleza de la) ganancia política obtenida por las distintas partes (el poder legislativo y el EZLN), parece que las posibilidades de una situación en la que todos salieran ganando, que existieron en el nivel de esa coyuntura nacional específica, fueron desperdiciadas por la parte de los actores parlamentarios. En sentido opuesto, los zapatistas lograron cosechar todo cuanto la ocasión les ofrecía, y que implicaba considerables ventajas en el mapa estratégico de la situación, tanto en el momento exacto del encuentro como en la larga duración del conflicto. El poder legislativo desaprovechó la oportunidad de acoger

sonoramente a los rebeldes a las prácticas civiles, y a la vez de invitar a la sociedad en general a un amplio debate sobre un asunto urgente, abriendo un espacio democrático de encuentro y reflexión cívicas en beneficio de la paz social y el entendimiento generalizados. En vez de eso, el jaloneo en torno a la mera presencia física de los zapatistas en los recintos parlamentarios exhibió a los legisladores como anfitriones poco generosos o como políticos miopes. Se puede argüir inclusive que este comportamiento suyo, antes del acto, redujo su papel al de una especie de cancerberos. Claramente, no hicieron del encuentro una piedra fundacional para un nuevo orden discursivo, y la ocasión conservó, desde el lado legislativo del escenario, el carácter de un incidente aislado. Sin embargo, esto no privó a los zapatistas del éxito en su propia actuación. De hecho, ellos confirmaron, en forma notable, hasta qué punto vale la pena trabajar en el nivel de los procesos simbólicos en casos de conflicto, lucha y divisiones. De igual manera, nos dieron a todos una demostración muy buena y convincente del alcance y la profundidad con que debe apelarse a la dimensión semiótica en el tratamiento de los conflictos, utilizándola como manera viable de intentar la reconstitución del tejido social dañado, preferible, sin duda, a la fuerza y la coerción.

Este resultado desigual para los diferentes actores (en diversas proyecciones de duración temporal) parece una instancia de la omnipresencia de la indeterminación parcial que Sally F. Moore (1975: 233) detecta en el orden social y cultural, y que en este caso trabajó en favor de la agenda zapatista. De hecho, fue la propia acción semiótica organizada y creativa de los zapatistas la que puso a funcionar para sus fines la cuota de indeterminación existente en la coyuntura. Como escribe Moore: "Incluso en aquellas materias en las que hay reglas y costumbres social y culturalmente establecidas, se puede generar indeterminación mediante la manipulación de las contradicciones, inconsistencias y ambigüedades internas existentes en el universo de elementos relativamente determinados". La situación reinante en el país en 2001, de numerosos cambios agudos y traumáticos en el régimen político mexicano y ciertamente también en la escena parlamentaria, es un contexto fundamental de la visita de los zapatistas al Congreso y de su acrecentada capacidad para beneficiarse de la creciente indeterminación de la esfera política, al luchar en términos pacíficos, semióticos y argumentativos, por un cierto reparto del poder de definición (Goffman 1959: 254), de sí mismos y

de los demás. Si tomamos en cuenta la realización particularmente exitosa del encuentro público en sí mismo y los múltiples efectos de resonancia que éste creó en distintos espacios de participación social en México, resulta estimulante prestar atención a la siguiente idea: "Todo drama social altera la estructura del campo social relevante, así sea de manera minúscula [...]. Un nuevo poder puede haberse canalizado hacia una nueva autoridad y una antigua autoridad [puede haber] perdido [parte de] su legitimidad" (Turner 1978: 92). A este respecto, el silencioso mensaje de Esther en la Magdalena Petlcalco aún se sostiene: cabe la esperanza.

En cuanto a los métodos o enfoques, podemos preguntarnos cuáles serían las implicaciones de observar la micropolítica como actuación, para una teoría del discurso político o de la acción semiótica de tipo estratégico. Una cuestión decisiva a este respecto es el hecho de que, en un análisis de discurso crítico, materialista e históricamente informado, la actuación se concibe como mediada por y susceptible a la acción de dimensiones políticas más amplias que las locales, y de condiciones materiales estructurales nada obvias, tanto discursivas como de otro tipo. En esa precisa medida, por tanto, hay que plantear muy seriamente el asunto crucial de cuáles son "las condiciones y las formas de interacción que permiten la introducción de o la adaptación a ciertos tipos de cambio en las reglas del juego" (Moore 1975: 229). En el caso de los zapatistas, para que sus palabras y demandas fueran atendidas, hubo que efectuar (o actuar) una rebelión armada. Ése fue su movimiento inicial (violento, sin duda), que sirvió para crear un escenario público que no existía antes para ellos (ni para los innumerables desposeídos de poder en este país). Lo que vino después es algo por entero distinto, y la actuación de Esther en el Congreso de la Unión es buena prueba de ello.

Si "las actuaciones, y particularmente las actuaciones dramáticas, son las manifestaciones *par excellence* de los procesos humanos sociales" (Turner 1987: 84), hay mucho que aprender de la actuación de Esther. Lo que ella hizo fue presentarse, hablar, argumentar, explicar, llamar e invitar, todo ello en una escenificación teatral ritual de la paz. Puso en escena (mostró y demostró) cómo se vería (y sonaría) la paz si se le diera una oportunidad. Fueron ellos, los rebeldes, los indios levantados en armas, quienes trabajaron más y con más virtuosismo en el nivel de los procesos simbólicos, para salvar (o tratar de salvar) la inmensa distancia que ha prevalecido históricamente entre "ellos" y "no-

sotros", el resto de la sociedad mexicana llamada nacional (es decir, no indígena). De igual manera, apelaron a la formación social más amplia posible (la humanidad, nada menos), para proponer una renegociación del poder que constituye de hecho una nueva ética de la comunicación política. Fue patente que la acción dramática de Esther (en la escena parlamentaria y fuera de ella) se nutría de fuentes que no eran/son (sólo) las de una insurrección militar convencional. Había una fuerza y un vigor, una energía, en esa acción dramática, una materialidad tal de la acción signifiante, que sólo puede adscribirse a lo que Turner (1978: 91) llama el efecto "vinculante" de los desempeños ritualizados. El concepto de vinculación capta perfectamente la esencia de la tarea que Esther cumplió en el Congreso.

Desde el punto de vista del mundo vivido de los zapatistas y de sus antiguas fuentes de inspiración étnica, Esther estaba haciendo "trabajo comunitario". Estaba "haciendo comunidad", podríamos parafrasear. La comunidad es una realidad fundamental en las formas de vida y las posibilidades de resistencia de los grupos étnicos mesoamericanos contemporáneos. Ciertamente es un concepto operativo clave para las estrategias de supervivencia de los zapatistas en el actual estado de guerra. Organización colectiva vinculada a la tierra (y a las luchas por ésta), en la que las asambleas son la más alta autoridad legal localmente reconocida, la comunidad es ante todo una forma de compartir el trabajo, el esfuerzo propiamente físico, para realizar tareas y faenas, sobre todo rurales, particularmente duras. Éstas apenas alcanzan a cubrir las necesidades de la reproducción básica de los grupos indígenas, pero instituyen y recrean una organización activa desde un punto de vista discursivo gracias a la cual se mantienen integrados en redes comunicativas locales y regionales. Importantes responsabilidades sociales, culturales y rituales también se comparten en la comunidad y tejen patrones multiformes de reciprocidad en la trama de su tejido social. Esta estructura de acción simbólica es una esfera social crucial, una matriz compleja (no exenta de contradicciones y líneas de diferenciación, casos de "inadaptación" o conflicto) en la que todos los miembros se consideran comprometidos por motivos de pertenencia histórica (incluidas la lengua y la cultura) y de opciones políticas presentes. Así pues, permite a las comunidades re/crear redes vigorosas y flexibles de acción colectiva, auto-construcción, reconocimiento, debate y diálogo en los espacios de su vida cotidiana. (En la actualidad, está claro que

los miembros de la comunidad virtual zapatista proceden de incontables contextos diferentes.) Por medio de estos recursos los grupos indígenas permanecen (o tratan de permanecer) inteligibles, reconocibles y vinculados entre sí, en condiciones materiales extremadamente difíciles en la escala local y regional y con urgentes necesidades en cuanto a proyección política y visibilidad social y semiótica.

A la luz de estas prácticas y nociones, es posible ver que la tarea de Esther en el Congreso, ante un público nacional (y supranacional) realmente amplio, era cumplir con su parte de trabajo comunitario, en la forma de una responsabilidad pública de carácter discursivo. La vocera (inesperadamente) femenina designada por el movimiento cumplió de forma magistral su tarea en la ocasión, acercando posiciones contrarias, explicando y asociando, ejemplificando, argumentando y razonando, interpelando y convocando: vinculando, de hecho, por sobre y en contra de la guerra y la violencia (o el silencio).

Finalmente, un hallazgo muy importante que este proceso analítico nos ofrece a los especialistas del discurso puede describirse como un renovado estado de alerta teórico y metodológico ante el papel crucial que esos arcaicos procesos humanos de vinculación social realmente desempeñan en diferentes instancias de la vida política. Un estudio cuidadoso de esta dimensión básica de lo político podría ayudarnos a buscar, y a encontrar, vías menos dolorosas para cambiar el mundo presente.

Traducción: **Paloma Villegas**

Agradecimientos

Este texto (y sobre todo el intenso trabajo que su primera versión requirió) ha gozado el privilegio de los comentarios críticos y el apoyo afectuoso de los siguientes queridos colegas y amigos: Luisa Martín Rojo, Robert Hodge, Gabriela Vargas-Cetina, Anne Huffschmid, Tessa Brisac, Paloma Villegas, Mabel Piccini e Ingala Robl.

FOTO 1
COMANDANTA ESTHER



Foto de Heriberto Rodríguez



Los congresistas Javier, Zabala, Laffit, David y Bañu, entre otros, saludan y entonan el Himno Nacional al recibir la reunión con legisladores en la Cámara de Diputados

Foto de Carlos Ramos Mamahua

La Jornada
Perfil

Directora General
Germán Lara Escobar

Editora General
Gloria Pineda Muñoz

2011 07 06 04:00 10:00



Los congresistas Javier, Saldaña, Gallo, David y Sacks, entre otros, exhiben y entregan al Consejo Nacional de Indígenas la solicitud con legitimidad en la Cámara de Diputados

Llegó al Congreso la palabra verdadera

Portada de *Perfil*, suplemento de *La jornada*, 29 de marzo de 2001.

Bibliografía

- Arango, Obed, 2002, "El Zócalo como texto cultural: un caso de análisis etnográfico-semiótico", *Cuicuilco*, 9(25), pp. 125-53.
- Arnson, Cynthia y Raúl Benítez Manaut (coords.), 2000, *Chiapas: los desafíos de la paz*, Instituto Tecnológico Autónomo de México/ Woodrow Wilson Latin American Program, México.
- Barthes, Roland, 1984, "La guerre des langages", en *Le bruissement de la langue*, Éditions du Seuil, París, 127-31.
- Becher, A. L., 1988, "Language in Particular: A Lecture", en Deborah Tannen (comp), *Linguistics in Context: Connecting Observation and Understanding*, Ablex, Nueva Jersey, 17-35.
- Belausteguigoitia Rius, Marisa, 1995, "Máscaras y postdatas: estrategias femeninas en la rebelión indígena de Chiapas", *debate feminista*, núm. 12, 299-317.
- Belausteguigoitia Rius, Marisa, 1998, Visualizing Places: "She looks, therefore... who is?", *Development* 41(2), 44-52.
- Belausteguigoitia Rius, Marisa, 2000, "The right to rest: Women's struggle to be heard in the Zapatistas' movement", *Development* 43(3), pp. 81-7.
- Belausteguigoitia Ruiz, Marisa, 2001, "Descaradas y deslenguadas: el cuerpo y la lengua india en los umbrales de la nación", *debate feminista*, núm. 24, 230-52.
- Berger, John, 2001, "Steps Towards a Small Theory of the Visible", en *The Shape of a Pocket*, Bloomsbury, Londres, 9-22.
- Berger, Mark T., 2001, "Romancing the Zapatistas: International Intellectuals and the Chiapas Rebellion", *Latin American Perspectives* 28(2) (marzo), pp. 149-70
- Carbó, Teresa, 1983, "Le débat indigeniste au Mexique: Un exemple d'analyse du discours parlementaire", *Langage et Société*, núm. 26, 3-26.
- Carbó, Teresa, 1987, "¿Cómo habla el Poder Legislativo en México?" *Revista Mexicana de Sociología* XLIX(2), 165-80.
- Carbó, Teresa, 1988, "La escenificación discursiva de una paradoja: la población indígena en el contexto de la Segunda Guerra Mundial", *Discurso*, núm. 9, 63-79.
- Carbó, Teresa, 1990, "La construcción discursiva de una identidad: el caso de la población indígena de México", en Beatriz Garza y Violeta Demonte (comps.), *Estudios de lingüística de España y México*, El Colegio de México, México, 391-6.

- Carbó, Teresa, 1992, "Towards an Interpretation of Interruptions in Mexican Parliamentary Discourse", *Discourse & Society* 3(1), 25-45.
- Carbó, Teresa, 1996, *El discurso parlamentario mexicano entre 1920 y 1950 (Un estudio de caso en metodología de análisis de discurso)*, 2 vols., El Colegio de México/CIESAS, México.
- Carbó, Teresa, 1997, «Who are *They?* The Rhetoric of Institutional Policies Towards the Indigenous Populations in Post-Revolutionary Mexico", en Stephen H. Riggins (comp.), *The Language and Politics of Exclusion (Others in Discourse)*, Sage, Thousand Oaks, 88-108.
- Carbó, Teresa, 2001 (agosto), "'Esta tribuna es un símbolo': la comandanta zapatista Esther en territorio parlamentario", en *Coloquio Identidades sociales, identidades discursivas*, Puebla, BUAP/ECOS, manuscrito.
- Carbó, Teresa, 2002, "Notas para una lectura del discurso de la comandanta zapatista Esther ante el Congreso Mexicano, *DeSignis* 2. *La comunicación política: Transformaciones del espacio público*, 203-18.
- Carlsen, Laura, 1991, "Las mujeres indígenas en el movimiento social", *Chiapas*, núm. 8, 27-66.
- Castro Apreza, Inés, 2000, Mujeres indígenas en Chiapas: el derecho a participar, *Memoria*, núm. 139 (septiembre), pp. 20-2.
- Chenaut, Victoria y Teresa Sierra (coords.), 1996, *Los pueblos indígenas ante el derecho*, CIESAS/CEMCA, México.
- De Vos, Jean, 2002, *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona, 1950-2000*, CIESAS/Fondo de Cultura Económica, México.
- Díaz-Polanco, Héctor, 1997, *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo XXI Editores, México.
- Díaz-Polanco, Héctor y Consuelo Sánchez, 2002, *México diverso: el debate por la autonomía*, Siglo XXI Editores, México.
- Emilsson, Eline y Danielle Zaslavsky, 2000, "El acontecimiento Chiapas: una invitación al discurso", *I Simposio Internacional de Análisis del Discurso: Lengua, discurso, texto*, Visor, Madrid, 2481-93.
- Esther, Comandanta Insurgente, "Mensaje central del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en el Palacio Legislativo de San Lázaro el miércoles 28 de marzo de 2001", *Perfil*, suplemento de *La Jornada*, 29 de marzo de 2001, pp. ii-iv.
- EZLN, 1994, *Documentos y comunicados*, vol. I (1º de enero-8 de agosto de 1994), Ediciones Era (Colección Problemas de México), México.

- Freyermuth Enciso, Graciela y Mariana Fernández Guerrero, 1996, "Mujeres indígenas y derechos reproductivos: el caso de las mujeres de San Juan Chamula", *Anuario de Estudios Indígenas* VI, pp. 177-92.
- Freyermuth Enciso, Graciela y Ma. Cristina Manca, 2000, "Invisibles y transgresoras: migración y salud reproductiva en Los Altos de Chiapas", en Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen Bazán (eds.), *Migración y relaciones de género en México*, Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza, México, pp. 203-28.
- García de León, Antonio, 1997 [1985], *Resistencia y utopía (Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia)*, Ediciones Era, México.
- Geertz, Clifford, 1973, "Thick Description: Towards an Interpretive Theory of Culture", en *The Interpretation of Cultures*, Basic Books, Nueva York, 3-30.
- Gil Tebar, Pilar R., 1999, *Caminando en un solo corazón: las mujeres indígenas de Chiapas*, Universidad de Málaga y Atenea (Estudios sobre la mujer), Málaga.
- Gilly, Adolfo, 1997, *Chiapas: la razón ardiente*, Ediciones Era, México.
- Goffman, Erving, 1959, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Doubleday Anchor Books, Nueva York.
- Gutiérrez Cham, Gerardo, 2002, "El 'posicionamiento' de *El País* a partir de la construcción de actores y grupos sociales en el conflicto de Chiapas", *Signos literarios y lingüísticos* IV(2) (enero-junio), pp. 213-22.
- Hall, Edward T, 1982 [1966], *The Hidden Dimension*, Doubleday Anchor Books, Nueva York.
- Harvey, Neil, 2000 [1998], *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia*, Ediciones Era, México.
- Hernández Castillo, Rosalva A. y H. Ortiz Elizondo, 1993, "Derecho indígena y derechos de las mujeres: algunas reflexiones teóricas en torno a la violencia doméstica", *Cuadernos de la Gaceta* 1(1), 33-7.
- Hernández Castillo, Rosalva A., 1996, "Las demandas de la mujer indígena en Chiapas", *Nueva Antropología* XV(49), 31-9.
- Hernández Castillo, Rosalva A. (coord.), 1998, *La otra palabra: mujeres y violencia en Chiapas antes y después de Acteal*, CIESAS/Grupo de Mujeres de San Cristóbal/Centro de Investigación y Acción para la Mujer (CIAM), México.

- Hernández Castillo, Rosalva A, 2000, "Distintas maneras de ser mujer: ¿ante la construcción de un nuevo feminismo indígena?", *Memoria*, núm. 132, 48-51.
- Hernández Castillo, Rosalva A, 2001, "Entre el esencialismo étnico y la descalificación total: la política de identidades en México y las perspectivas de las mujeres", *Memoria*, núm. 147, 20-5.
- Hernández Martínez, Laura, 2002, "'Detrás de nosotros estamos ustedes'. La ironía en el discurso del subcomandante Marcos", *Signos literarios y lingüísticos* IV (1) (enero-junio), pp. 101-15.
- Hodge, Bob, 1985, "Getting the Message Across: A Systemic Analysis of Media Coverage of a CND March", en Paul Chilton (comp.), *Language and the Nuclear Arms Debate: Nukespeak Today*, Frances Pinter, Londres y Dover, 131-45.
- Huffschmid, Anne (ed.), 1995, *Subcomandante Marcos. Ein maskierter Mythos*, Elefant Press, Berlín.
- Huffschmid, Anne, 2000, "'Die Spiegel-Strategie' -zur Wortergreifung der Zapatistas und ihren Resonanzen in der mexicanischen und internationalen Öffentlichkeit", Freie Universität/CIESAS/ Vokswagen-Stiftung, manuscrito, Berlín, México.
- Huffschmid, Anne, 2001, "El nuevo teatro mexicano: la *performance* política de Fox y Marcos", *Iberoamericana* (Nueva época) I(2), 129-51.
- Jaidopulu Vrijeja, María, 1999, "Las mujeres indígenas como sujetos políticos", *Chiapas*, núm. 9, 35-59.
- La Correa Feminista, 1994, *Chiapas: reflexiones desde el feminismo*, Ediciones La Correa Feminista, México.
- Lovera, Sara y Nellys Palomo (coords.), 1997, *Las alzadas*, Comunicación e Información de la Mujer/Convergencia Socialista, México.
- Martín Rojo, Luisa, 1997, "El orden social de los discursos", *Discurso*, núm. 21-22, 1-37.
- Mier, Raymundo, 1995, "La invención de los horizontes políticos: la palabra zapatista", *Dimensión Antropológica* 2(5), 147-77.
- Millán, Mágina, 1996, "Las zapatistas de fin de milenio. Hacia políticas de autorrepresentación de las mujeres indígenas", *Chiapas*, núm. 3, 19-32.
- Millán, Mágina, 1998, "Femmes indigenes et zapatisme. Nouveaux horizons de visibilité", *Cahiers marxistes*, núm. 209 (junio-julio), pp. 173-93.
- Memoria*, núm. 145, 2001, *Presencia zapatista*, México.

- Memoria*, núm. 146, 2001, *Voces zapatistas (Discursos de la Caravana)*, México.
- Memoria*, núm. 147, 2001, *El debate de las identidades*, México.
- Meyer, Lorenzo, 1977, "Historical Roots of the Authoritarian State in Mexico", en José Luis Reyna y Richard S. Weinert (comps.), *Authoritarianism in Mexico*, Institute for the Study of Human Issues, Filadelfia, 3-22.
- Moore, Sally F., 1975, "Uncertainties in Situations, Indeterminacies in Culture", en S. F. Moore y Barbara G. Myerhoff (comps.), *Symbol and Politics in Communal Ideology (Cases and Questions)*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 210-39.
- Moreno, Alejandro, 1998, "Yepa, yepa, la palabra es de quien la trabaja: entrevista a Luis de la Peña", *La Guillotina*, núm. 39 (verano), pp.34-7.
- Nash, June C., 2001, *Mayan Visions (The Quest for Autonomy in an Age of Globalization)*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Oehmichen Bazán, Cristina, 1999, "Relaciones de etnia y género: una aproximación a la multidimensionalidad de los procesos identitarios", *Alteridades* núm. 19 (enero-junio).
- Peña García, Alejandro, 2000, *La guerra en Chiapas y el diálogo en San Cristóbal: combates discursivos entre el EZLN y el gobierno federal*, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, México.
- Proceso* 1271, 2001 (11 de marzo), *Marcos en el DF*. (Incluye la entrevista de Julio Scherer García al Subcomandante Marcos), México.
- Rajchenberg S., Enrique y Catherine Héau-Lambert, 1996, "Historia y simbolismo en el movimiento zapatista", *Chiapas*, núm. 2, 41-57.
- Rojas, Rosa, 1996, *Reflexiones sobre la ampliación de la Ley Revolucionaria de Mujeres Zapatistas*, Ediciones La Correa Feminista (Colección Del dicho al hecho), México.
- Rojas, Rosa (comp.), 1995, *Chiapas ¿y las mujeres, qué?*, Ediciones La Correa Feminista / CICAM (Centro de Investigación y Capacitación de la Mujer), México.
- Rovira, Guiomar, 1997, *Mujeres de maíz*, Ediciones Era, México.
- Rovira, Guiomar, 2001, "Ahora es nuestra hora, la hora de las mujeres indígenas", *debate feminista*, núm. 24, 191-205.
- Ruiz Ávila, Dalia, 2002a, "Encuentros utópicos en el discurso del viejo Antonio", *Signos literarios y lingüísticos* IV(2) (enero-junio), pp. 223-37.
- Ruiz Ávila, Dalia, 2002b, "El silencio y su significación. Análisis del discurso zapatista", *Memoria*, núm. 161 (julio), pp. 13-18.

- Sacks, Harrey, E. A. Schegloff y G. Jefferson, 1974, "A Simplest Systematics for the Organization of Turn-Taking for Conversation", *Language*, núm. 50, 696-735.
- Sánchez, Consuelo, 1999, *Los pueblos indígenas: del indigenismo a la autonomía*, Siglo XXI Editores, México.
- Turner, Victor, 1987, "The Anthropology of Performance", en *The Anthropology of Performance*, PAJ Publications, Nueva York, 72-98.
- Valladares de la Cruz, Laura, 2001, "Escenarios de la participación política de las mujeres indígenas en México", *Boletín del Colegio de Etnólogos y Antropólogos* (Nueva época), núm. 5, pp. 2-10.
- Vanden Berghe, Kristine, 2001, "La marca de Marcos: ¿pueden hablar los indígenas mexicanos?", *Cuadernos americanos* (Nueva época), núm. 87 (mayo-junio), pp. 158-73.
- Vanden Berghe, Kristine, 2001, "Don Quijote y el pasamontañas: interpretación y autoría en los comunicados del EZLN", en Rita de Maeseneer (ed.), *Convergencias e interferencias. Escribir desde los bordes*, Valencia, Excultura, pp. 139-51.
- Vanden Berghe, Kristine, 2002, "Entre Susana y Dulcinea. Imágenes femeninas en el discurso zapatista", en Cathérine Raffi-Bérout y H. Hermans (comps.), *México en movimiento. La mujer mexicana en el dominio público y en el privado*, Centro de Estudios Mexicanos, Universidad de Groningen, pp. 115-28.
- Vargas-Cetina, Gabriela, 2001, "Postcolonial Sites and Markets: Indigenous Organizations in Chiapas", Mexico, *Tamara (Journal of Critical Postmodern Organization Science)* 1(3), 68-79.
- Villoro, Luis, 1999 [1998], *Estado plural, pluralidad de culturas*, UNAM Paidós, México.
- Zaslavsky, Danielle, 2000, "Stratégies communicationnelles et construction d'identité: Les effets du zapatisme dans l'espace public mexicaine", *Hermes*, núm. 28 (*Amérique Latine: Cultures et communication*), 143-53.